The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v. 227
no. 1-16

IEG
B40.

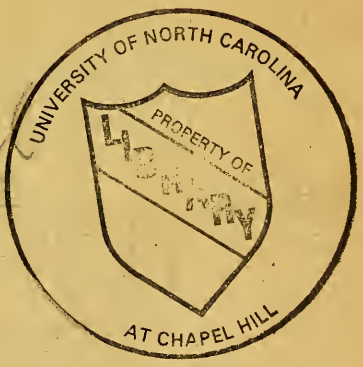
PQ6217
.T44
v.227
no.1-16.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unhombredebiendr2271lafo

11465

En hombre de Dios



217807

HISTORIA
ICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
tados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

, que acaba de ponerse á la venta,
amplio y fiel extracto los principales
amina con imparcialidad la historia
ñala sus defectos y expone con minu-
les lo referente á las relaciones exte-
rpaña, siendo, por tanto, de gran inte-
nocer de un modo exacto el aspecto
de la cuestión cubana.
en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

E LOS REINOS DE LAS INDIAS

andadas imprimir y publicar

POR

STAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

lición, corregida y aprobada por la
as del Tribunal Supremo de Justicia,
bación de la Regencia provisional del

nos en folio, 50 pesetas.

ÓFILOS ESPAÑOLES

completa de todos los tomos publi-
ta sociedad, de que se hallan la ma-
rotados.
cados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALAC

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 pese

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad
hasta el día, y adicionado con un considera
número de voces que no se encuentran en ni
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte pa
el mejor aprovechamiento de las sobras, las r
glas para el servicio de una mesa y el modo
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gr
bados, y aumentada con 60 minutas de almue
zos y comidas para todos gustos y condiciones
algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio,
pesetas.

---

ablecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier 6.—Calle del Rollo, 9.

UN HOMBRE DE BIEN,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO EN FRANCÉS POR EL AUTOR DEL **ARTISTA**,

y traducido al castellano

POR

D. ISIDORO GIL,

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

BLINGTON, *comerciante.*
CORDELIA, *su hija.*
ENRIQUE, DAVID, } *dependientes.*
VAN-CLAER, *médico.*
GODWIN, *agente de policía.*
MARGARITA, *ama de gobierno de Blington.*
PATERS, *criado de Van-Claer.*
TRES AGENTES.
CRIADOS.

El primer acto es en Londres. El segundo en la Haya.

1688.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

na sala con puerta al foro que dá á una tienda, y ésta á la calle; dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

RDELIA, *sentada á un bufete y trabajando en libros comercio;* MARGARITA, *que sale por la puerta de izquierda del espectador;* David, *que va y viene dentro de la tienda.*

r. ¡Todavía trabajando...! (*Yendo á apoyarse en la silla de Cordelia.*) Ya no os basta el dia. Escri-bís con luz y vais á enfermar de la vista, señorita.

. No es el trabajo, pobre Margarita, el que mas destruye la vista.

vid. (*En el dintel de la puerta.*) Señorita Corde-lia, me parece que va siendo tiempo de que cerremos a tienda.

. Aun es muy temprano, David.

vid. Para un dia cualquiera, verdad es; pero hoy es a Natividad del Señor, y no dejará de haber quien lborote por las calles con pretesto de la misa.

r. Y á vos, señor callejero no os disgustaria estar ibre para ir á reuniros con los que alborotan, ¿no s verdad?

vid. Señora Margarita, cada uno es dueño de tener u opinion ó de no tenerla; pero os confieso que no ne sabria mal tener ocasion de bogar por la bue-a causa; y si alguno de esos idólatras papistas lle-aba á caer por mi cuenta...

. ¡David!

vid. ¡Ah! ¡soy implacable con ellos! ¿No tienen en carcel hace tres semanas al bueno y noble señor lington vuestro padre? ¡La honra y prez del co-

mercio inglés en la carcel! ¡Un sugeto que está rep
tado por el hombre mas honrado de Londres!

Cor. Ya le harán justicia.

David. Puede ser.

Cor. (*Levantándose.*) ¿Cómo puede ser? ¿hay algo
nuevo? ¿qué sabes?

David. Yo no sé mas, señorita, si no que con un r
como el rey Jacobo y jueces como ese renegado de F
ffries, debe uno aguardarse todo lo malo.

Mar. ¡Válgame Dios, David, qué necio sois! si son e
los consuelos que dais á la señorita...

Cor. Pero no pueden sentenciarle sin embargo; ¿cuál
su delito? ¡no haber querido delatar á un amigo c
yo secreto sabia! un secreto es un depósito; ¿y cu
es el honrado comerciante que no respeta el depós
que le han confiado?

Mar. Sí, señorita, es imposible que vuestro padre
sentenciado; tranquilizaos.

David. (*Insistiendo.*) ¿Con que cierro la tienda?

Cor. Una vez que es Noche Buena... se me habia olvi
do; solo me ocupa un pensamiento.

Mar. (*Acercándose para consolarla.*) Señorita...

Cor. (*Pensativa.*) ¿Con que crees que esta noche ha
ruido por las calles?

Mar. ¡Jesus, Dios mio! eso es seguro; ¿por qué m
preguntais?

Cor. Por nada.

Mar. Por supuesto que esta noche no pensareis en m
charos.

Cor. ¿Yo? ¿y dónde habia de ir?

Mar. Acordaos que ya no está aqui el valiente Enri
para defenderos contra esos mozalvetes papistas,
se van haciendo cada dia mas insolentes.

Cor. He recibido carta suya. Viene pronto; su tio
mejor. ¡Pobre Enrique! qué ageno está de lo que p
cuando sepa la desgracia que nos ha sucedido m
tras él ha estado ausente, su sentimiento va á ser
vivo como el mio.

Mar. Yo lo creo. Quiere al señor Blington como á
padre.

Cor. ¡Margarita!

Mar. ¿Por qué os sonrojais? ¿No merece Enrique la confianza y amistad de vuestro padre...? La inclinacion que hácia él sentís no tiene nada de reprensible; es un amor puro, y que hará vuestra felicidad en este mundo.

Cor. ¡Ah! ¡no hablemos de amor, no hablemos de felicidad mientras no haya vuelto á ver á mi padre...! Buenas noches, Margarita.

Mar. ¿Os recogeis ya?

Cor. Voy á ver si logro dormir un poco.

Mar. Buenas noches, señorita. (*Cordelia entra en su cuarto.*)

ESCENA II.

MARGARITA. — DAVID, *en la tienda.*

Mar. ¡Ah, qué angel...! Digna hija de su padre; es cuanto se puede decir.

David. ¡Señora Margarita! ¡Señora Margarita!

Mar. Mas bajo, alborotador. La señorita se ha retirado á dormir. ¿Qué es lo que quereis?

David. Que tengais la bondad de echar una mano y ayudarme á cerrar la tienda.

Mar. ¿No podeis cerrarla solo?

David. No; porque mientras tengo la luz no puedo encajar bien los postigos, y cuando cierro los postigos sin luz, no veo una palabra. ¿Es exacto ó no es exacto lo que digo?

Mar. Una vez por casualidad... Bueno, aguardad. (*Entra en la tienda y alumbra á David, que cierra los postigos. Cordelia entreabre la puerta de su cuarto, se cerciora de que no es vista, atraviesa rápidamente el teatro, y vase por una puerta lateral. Margarita y David vuelven á la escena.*)

Mar. Gran falta hace que el amo salga de la carcel, ó que Enrique vuelva: ¡la casa abandonada á un holgazan como vos...!

David. (*Que ha ido á calentarse.*) ¡Eh! una casa tan afamada como la del señor Blington prospera por sí sola. Pero proseguid; veo que teneis hoy ganas de hacer mi panegírico. ¿Qué es lo que he hecho yo?

Mar. ¿Qué habeis hecho? No hacer nada, y por eso por lo que os regaño.

David. Hablabais del regreso de Enrique; ¿le espera señorita?

Mar. Sí; su tio está mejor; se ha puesto ya en camin

David. ¡Con que su tio está mejor! ¡Pobre amigo! ¡U tio que le hace salir en posta para Bristol, bajo pre testo de que queria abrazar por última vez á su he redero universal... y hételo ahora que se escapa de l garras de la muerte! ¡Vaya un proceder poco delicad

Mar. ¡Mal corazon!

David. Oiga, yo me pongo en el lugar de Enrique. á nadie le gusta incomodarse inútilmente... Pero est conversacion os desagrada, y yo me he calentado y bastante las plantas de los pies. Os saludo con el ma profundo respeto, amable dueña.

Mar. ¿Os marchais?

David. (*Con monada.*) ¿Querriais detenerme por ven tura, hermosa dama?

Mar. ¡Eh! sois un majadero... lo que hay es que teng miedo de quedarme sola.

David. Esa es una desgracia que os persigue todas la noches... asi es de creer al menos... La señorita se h retirado ya á su cuarto; ¿quién os impide ir y levan tar una barricada en el vuestro?

Mar. Tengo que cerrar la puerta despues que os mar cheis, y no sé cómo me he de componer; yo sola n puedo levantar la barra.

David. Dejaremos la puerta de la calle tal como está, saldré por esta que da al patio de nuestro vecino maese Cornelio el boticario.

Mar. ¿Y qué teneis que hacer fuera? ¿armar algun pendencia, recibir algun golpe?

David. Voy á que me den noticias del señor Blington

Mar. ¿Y quién ha de dároslas...? ¿creeis que vais á te ner mas suerte que su hija?

David. Sí que creo... ¿Habeis oido hablar del docto Van-Claer, un médico holandés muy afamado, qu ha venido últimamente á Inglaterra con la servidum bre del rey Carlos II?

Mar. ¡Que si he oido hablar de él ...! Le he visto mu-

chas veces en la botica de maese Cornelio, adonde suele ir para ver si se hace lo que él receta. Era primer médico de cámara del rey difunto.

David. Sí; pero cuando el advenimiento del actual, renunció á todos sus empleos y honores, reservándose únicamente el de primer médico é inspector de cárceles. Por esta razon es muy facil que haya visto al señor Blington, y...

Mar. Teneis razon, es una buena idea; ¿y conoceis vos á ese célebre profesor?

David. Á él no, pero ayer vi por primera vez á su ayuda de cámara, y ya somos amigos íntimos; le dije que viera de informarse por su amo, y... (*Óyese un fuerte golpe en la puerta del foro.*) ¿Quién va?

Mar. ¡Jesus me valga!

David. Cualquiera diria que ese aldabonazo ha salido de la mano de un papista. (*Segundo aldabonazo.*)

Una voz dentro. Abrid, en nombre del rey.

David. Decid, Margarita, ¿os parece que haria bien en subirme á la boardilla y dejar caer un tiesto sobre los sesos de ese caballero que habla tan gordo? Creerá que es una teja.

Mar. ¡Atolondrado!

David. ¡Toma! la pérdida no sería grande; ahora no tienen flores, es invierno.

La voz dentro. Abrid, ó hago echar la puerta abajo.

Mar. Allá van... allá van.

David. ¡Eh! ahí teneis cómo sois vos; en vez de resistiros...

Mar. ¡Resistir á las órdenes del rey...! ¿No sabeis que se ariesga la vida...? No comprometamos al señor Blington.

David. ¡Oh! pues para eso no hay necesidad de molestarnos los dos... no os incomodeis... voy á abrir. (*Va á abrir.*)

ESCENA III.

MARGARITA. GODWIN. DAVID. TRES AGENTES.

God. ¿Son sordos en esta casa?

Mar. Perdonad, señor constable; nos han dicho que es-

ta noche habria alboroto por las calles, y hemos atrancado la puerta.

God. ¿Que habria alboroto? ¿Y quién ha dicho eso? Los que quieren armarle, sin duda.

Mar. Señor constable...

God. No soy constable.

David. ¿Y no siéndolo os introducís asi por la noche en el domicilio de un inglés? ¿Quién sois pues?

God. Quien puede mandar que te ahorquen.

David. Basta con eso.

Mar. ¿Podemos saber qué os trae aqui?

God. Aguardad que yo os pregunte: ¿adónde da esa puerta? (*Señalando á la puerta de la derecha.*)

Mar. A un patio.

God. ¿Que tiene correspondencia con la casa del boticario Cornelio, no es eso?

Mar. Sí señor.

God. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) ¿Y esta?

Mar. Al cuarto de mi señorita.

God. ¿Dónde está la habitacion de Blington?

Mar. Arriba.

God. (*A David.*) Aqui, truan, ¿no oyes?

David. ¡Ah! ¿es á mí á quien hablais?

God. ¿Y á quién habia de ser?

David. Creí que era á uno de estos señores.

God. Cuidado con hacerte el gracioso...

David. ¿Está prohibido?

God. Porque te envio á decir chistes á Tyburn.

David. No os ocupeis de mi vivienda.

God. Coge una luz, y alumbra á estos dos señores.

David. (*Con intencion.*) ¡Que los alumbre...! (*Movimiento de Godwin.*) ¿Dónde quereis que los lleve?

God. Al cuarto de tu amo.

David. Que se alumbren ellos. Soy comerciante y no lacayo.

God. ¿Y sabes tú lo que yo soy? (*Acercándose á él.*)

David. Es la primera vez que tengo el honor de tratar con la justicia.

God. Pues cuidado no sea la última. Me llamo Godwin. (*Movimiento de David*). Veo que me conoces, anda.

David. (*Pasando al lado de Margarita.*) Este es el

que la gente llama puñal de Feffries. Haced todo lo que os diga, Margarita. (*Vase con los dos agentes.*)

God. ¿Qué es lo que te ha dicho ese al pasar por tu lado?

Mar. Nada, señor.

God. Mientes. Te ha dicho mi nombre, y tal vez mi apodo tambien; no me pesa; asi me obedecerás mas pronto.

Mar. ¿Qué quereis que haga?

God. Abrir los cajones.

Mar. ¿Los cajones del bufete del señor Blington?

God. Los cajones del bufete.

Mar. Tiene las llaves la señorita.

God. Pídeselas.

Mar. Está durmiendo.

God. Despiértala.

Mar. Pero señor...

God. Vamos, obedece.

Mar. Allá voy. (*Entra en el cuarto de Cordelia.*) ¡Dios mio, tened compasion de nosotros!

God. ¿Qué es eso? ¿qué hablas?

Mar. (*En el cuarto de Cordelia.*) ¡Señorita Cordelia! ¡Señorita Cordelia!

God. Parece increible; hasta las hijas de los mercaderes tienen ahora nombre de princesas.

Mar. (*Volviendo.*) ¡Ah! señor...

God. ¿Qué tienes?

Mar. La señorita Cordelia no está en su cuarto.

God. ¿Y qué me importa á mí eso?

Mar. ¡Dónde puede estar ahora, Dios mio!

God. ¿Dónde estan todas las muchachas cuando no se sabe dónde estan?

Mar. (*Indignada.*) ¡Ah! ¿Qué decís...?

God. Acabemos, las llaves.

Mar. Aqui las teneis. Se las ha dejado sobre la mesa.

God. Vamos, los cajones.

Mar. (*Consigo misma, abriendo los cajones.*) ¡A estas horas, y en un dia como este!

God. (*Al agente, que se ha quedado con él.*) Recoge todos esos papelotes.

Mar. Mirad que es la correspondencia del señor Blington.

God. Precisamente es eso lo que busco. A otro.

Mar. Pero si en este no hay mas que recibos.

God. Coge tambien los recibos... le creerán bajo palabra. ¿No es el mas honrado de Londres?

Mar. Se habrá marchado mientras yo cerraba la tienda con David.

God. ¿Es esto todo?

Mar. ¿Dónde habrá ido?

God. ¿Es esto todo?

Mar. Ya lo veis, no hay mas que dos cajones.

God. (*Al agente.*) Haz un legajo con todo eso; despues lo examinaré despacio. (*Vuelven David y los dos agentes.*) ¿Qué tenemos?

David. Aqui está lo que he hallado, y he tenido que envolver por remate de fiesta. ¡Oh! si algun dia caeis por mi banda...

God. ¿Que estás ahí diciendo entre dientes? (*A los agentes.*) Ahora, registrad ese otro cuarto. (*Los dos agentes entran en el cuarto de la izquierda.*)

Mar. ¿El cuarto de la señorita? Pero, señor, si ella no tiene nada que ocultar.

God. Escepto sus cartas de amor; no temas, somos discretos.

David. (*Consigo mismo, entre dientes.*) En todo caso estate seguro de que no será á tí á quien escriba, antropófago.

God. ¿Por qué te comes la mitad de lo que dices? me gusta que hablen claro.

David. Es que tengo un defecto en la garganta.

God. Pues yo conozco un remedio soberano para los males de garganta; y para que le aprendas, vas á venir conmigo ahora.

David. No soy curioso.

God. (*A los agentes, que vuelven.*) ¿Qué habeis hallado?

Un agente. Nada.

God. Este perillan va á pasar la noche al fresco para que aprenda á medir sus palabras.

Mar. David, ¿qué habeis hecho?

David. ¡Eh! sino puedo contenerme, Margarita; dejadlo. (*Aparte.*) Algun dia te encontraré en otro sitio, y te ajustaré una cuenta, buena alhaja.

God. Vamos, por aqui... echad delante vosotros. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

MARGARITA.

¡Se marchan, me dejan sola! ¡Pobre casa abandonada, sobre la cual descarga el cielo cada dia una nueva desgracia...! ¡mi amo en la carcel...! ¡su hija fuera de su habitacion á estas horas...! ¿dónde habrá ido? el Támesis no está lejos... ¡misericordia de mí...! ¡qué criminal sospecha...! la religion la detendrá... sí, confio en su religion... (*Llaman de nuevo á la puerta del foro.*) ¡Ah! ¡sea ahora quien sea voy á abrir...! ya no hay riesgo sino para mí, no tengo miedo.

Enr. (*Dentro.*) ¡Margarita! ¡David! abrid, soy yo, Enrique.

Mar. ¡Enrique! ¡oh! Dios es sin duda quien nos le envia... Allá voy... allá voy. (*Abre. Enrique sale trayendo á Cordelia desmayada.*)

ESCENA V.

MARGARITA. ENRIQUE. CORDELIA.

Mar. (*Gritando.*) ¡Dios eterno! ¡muerta!

Enr. No, desmayada. Espero que esto no sea nada... un elixir... pronto.

Mar. Aqui teneis un pomo.

Enr. Venga.

Mar. ¿Y cómo la traeis vos? ¿qué es lo que ha pasado?

Enr. (*Mientras habla hace aspirar el frasquillo á Cordelia, y Margarita la frota las sienes con un pañuelo mojado en agua fresca.*) Un milagro, de que daré gracias á Dios toda mi vida. Hará como una hora que he llegado á Londres, y me encaminaba aqui sin tardanza, cuando al pasar al pie de la torre divisé en la oscuridad una muger que se defendia contra tres hombres que querian atropellarla; no pude distinguir sus facciones, pero oí su voz. ¡Oh! la conocí al mo-

mento... me acercó, era ella; lo que entonces hice y lo que ha pasado, no sabré decirlo... lo que sé es que los tres miserables huyeron... Entonces la pobre Cordelia me reconoció... pronunció mi nombre, y cayó desmayada en mis brazos.

Mar. Creo que ya vuelve en sí.

Enr. ¿Cómo la habeis dejado salir, Margarita? ¿Vuestro amo se halla sin duda ausente? ¿Dónde está?

Mar. Silencio.

Cor. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah...! Dios mio.

Enr. ¡Cordelia!

Cor. ¡Enrique! ¿Dónde estoy?

Enr. En casa de vuestro padre, á mi lado. No temais ya.

Cor. ¡Ah! ¿por fin habeis venido? Cuánto deseaba veros.

Enr. Me he puesto en camino en cuanto la salud de mi tio me lo ha permitido.

Mar. Querida é imprudente señorita, ¡cómo os habeis atrevido á salir sola en una noche como esta!

Enr. ¿No habeis temido dar un disgusto á vuestro padre?

Cor. ¡A mi padre! ¡á mi padre...! ¿Luego vos no sabeis nada, Enrique?

Enr. Acabo de llegar.

Cor. Hace tres semanas que está preso.

Enr. ¡Vuestro padre!

Cor. Hace tres semanas, ¿lo oís, Enrique? tres semanas que no le he visto, que estoy sin noticias suyas, que no sé si vive, si está enfermo, si ha muerto. ¡Ah! ¡ya podeis figuraros lo que he sufrido, vos que vivís hace tres años con padre é hija, y que podeis apreciar en toda su estension el cariño que uno á otro nos tenemos! ¡tres semanas sin ver á mi padre, yo, que no me habia separado de él un solo dia! inútil es que os refiera las lágrimas que he derramado, las humillaciones que he sufrido, los pasos que he dado para conseguir que los carceleros me permitiesen verle, hablarle un solo momento y besar sus venerables canas... lloros, súplicas, pasos, ¡todo ha sido en vano! Esta noche habia resuelto ir y pasarla de rodillas delante de la torre. Mi perseverancia hubiera conmovido tal

vez á alguno de aquellos corazones de hierro... lloraba y rezaba hacia una hora, cuando pasaron por allí tres caballeros jóvenes... ¿qué me dijeron...! ni aun me acuerdo; pero querian arrancarme de allí los viles, y entonces llegasteis vos y me salvasteis... ¿te lo ha dicho, Margarita, te ha dicho que le debo la vida y el honor?

Mar. No ha hecho mas que defender lo suyo, señorita.

Enr. ¡Desdichada Inglaterra! ¿cuándo tendrá esto fin? ¡Vuestro padre, el mejor y mas justo de los hombres, preso! bien se lo habia yo predicho: ¡los indignos ingleses que nos gobiernan no podrian perdonarle ni su inclinacion á la religion reformada, que es la sátira de su apostasía, ni su popularidad, que en un dia de conmocion podia motivar que se enarbolase una bandera en su nombre..! pero en fin, prenderle como criminal por esceso de virtud no han podido...! ¿qué pretesto han tomado? ¿de qué le acusan?

Cor. De no haber querido empañar su reputacion de hombre de bien con una mancha indeleble. ¿Habreis visto muchas veces en casa á sir Federico Burdett, uno de los amigos mas antiguos de mi padre?

Enr. Sí.

Cor. Pues bien; un sentimiento de fidelidad mal entendido hizo entrar á ese noble inglés en el partido del desgraciado duque de Monmouth, hijo natural del rey difunto. Sir Federico tiene una hija, compañera mia de infancia. Previendo que la espedicion del duque se malograria, escribió á mi padre, dándole parte de la conspiracion en que iba á entrar, y recomendándole á su hija, en el caso de que la dejase huérfana; mi padre quemó la carta, pero le contestó, y esa fatal respuesta fue hallada en los bagages de sir Burdett, despues del desgraciado encuentro de Sedge-Moor, donde el duque de Monmouth fue hecho prisionero, y sir Burdett muerto. La respuesta de mi padre no contiene mas que estas palabras: "Puedes estar tranquilo, Burdett; tu hija lo será tambien mia." ¿Pero acaso se necesitaba mas para prender á mi padre en la época en que vivimos?

Enr. ¡Ah! ahora lo comprendo todo, Cordelia; ¿le acu-

san de no haber revelado la conspiracion, habiendo tenido noticia de ella?

Cor. ¿Podia hacerlo acaso, Enrique? ¿podia enviar al patíbulo á uno de sus mejores amigos?

Enr. No podia ni debia, sin duda alguna; pero la razon de estado no admite escusas: existe una ley, una ley terrible...

Cor. ¡Terrible...! ¿y cuál es la pena que amenaza á mi padre?

Enr. ¿La ignorais?

Cor. ¿No veis que os lo pregunto?

Enr. (*Despues de una ligera pausa.*) Algunos años de destierro tal vez.

Cor. ¡Ah! muy cruel sería esa sentencia; pero vuestro terror me habia hecho temer... una pena mayor.

Enr. ¿Habeis visto á los amigos de vuestro padre?

Cor. Sí, los he visto.

Enr. ¿Y...?

Cor. (*Tendiéndole la mano.*) Y mi padre no tenia mas que uno solo.

Enr. ¡Ah! este no puede ofreceros mas que una voluntad firme y una adhesion á toda prueba; pero con esto, y la ayuda del cielo, salvaremos á vuestro padre; ¡creedme, le salvaremos!

Cor. ¡Querido Enrique...! pero di, Margarita, ¿qué es lo que ha pasado durante mi ausencia? ¿qué significa este desorden?

Mar. No he tenido tiempo de decirlo hasta ahora; los agentes de lord Feffries han venido, han registrado la casa.

Cor. Tanto mejor, los desafio á que hayan encontrado nada que pueda comprometer á mi padre.

Mar. Sí; pero todo lo han revuelto, han trastornado la casa de arriba abajo... hasta vuestro cuarto...

Cor. (*Cogiendo una lámpara.*) ¿Mi cuarto tambien?

Mar. No he podido estorbárselo.

Cor. ¡Ah! ¡Dios mio! se habrán llevado mi Biblia, la Biblia que tiene al margen algunas notas de letra de mi padre... Aguardad, Enrique; vuelvo al instante. (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA VI.

MARGARITA. ENRIQUE. DAVID.

David. (*Que sale desatentado.*) ¡Margarita! ¡Margarita!
Enr. ¿Qué es eso? ¿qué tienes?
David. ¡Vos aqui! calla... sois vos... ¡oh! ¡ah!
Enr. Bueno, bueno; deja las admiraciones para luego; ¿traes alguna noticia?
Mar. ¿Cómo es que estais ya libre?
David. Porque al volver la esquina sacudí un furibundo puñetazo á uno de los que me acompañaban, un puntapie al otro, y... pist... en dos minutos me planté á doscientos pasos de ellos. He ido corriendo á ver al ayuda de cámara del doctor Van-Claer, que, entre paréntesis, acaba de recibir orden de salir de Inglaterra dentro de tres dias.
Mar. De lo que se trata ahora es del señor Blington... ¿Sabes algo del señor Blington?
David. La comision que debia juzgarle se ha reunido hoy bajo la presidencia de lord Feffries.
Enr. ¿Y cuál ha sido el resultado?
David. ¿El resultado? ¡una infamia! le han sentenciado.

ESCENA VII.

DICHOS. CORDELIA, *que sale de su cuarto.*

Cor. ¡Sentenciado! ¿á quién, á mi padre?
David. ¡La señorita!
Cor. ¿Qué hablabas? vamos, ¿no has dicho que mi padre ha sido sentenciado?
David. Estoy lejos de salir garante de tan triste nueva; tal vez me hayan informado mal.
Cor. No penseis que me engañais; vosotros sabeis la verdad... es preciso que me la digais... ¿Mi padre ha sido sentenciado? ¿á qué...? ¿á prision...? responded; ¿á un destierro? ¡Oh! ¡ese silencio es terrible...! David, ¿ha sido acaso sentenciado á muerte? (*La puerta del foro se habrá quedado entreabierta; Blington entra en la tienda, y llega hasta la trastienda sin ser oido de las personas que estan en la escena.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. BLINGTON.

Blin. ¿Es este el modo de cerrar las puertas de mi casa?

Enr. ¡Blington!

Cor. ¡Mi padre! (*Corre á arrojarse en sus brazos.*)

Mar. y *David.* ¡El señor Blington!

Blin. (*Despues de una pausa.*) Te encuentro de vuelta, Enrique. Bien venido seas, hijo mio. ¡Dios recompense á los que no olvidan á sus amigos en la desgracia! Buenas noches, David; buenas noches, Margarita.

Mar. Buenas noches, am... señor; estoy tan contenta que no acierto á hablar. ¿Pero entonces qué es lo que vos nos contábais, majadero?

David. El ayuda de cámara del doctor Van-Claer tenia malas noticias, ó se ha burlado de mí.

Blin. ¿Cómo?

Cor. Otra vez, padre mio, abrazadme otra vez.

Blin. ¡Hija querida!

David. Me dijo que la comision se habia reunido hoy á las cuatro.

Blin. Verdad es.

David. Que habiais comparecido ante ella.

Blin. Tambien es verdad.

David. Y que habiais sido sentenciado... ¡ah! toma, una vez que estais ya libre bien se puede decir... que habiais sido sentenciado á muerte.

Cor. ¡Qué horror!

Blin. Respecto á eso, mi presencia debe tranquilizaros. (*Con un poco de ironía.*) Mis jueces son unos leales y honrados ingleses á quienes la gente ha dado en calumniar. ¡Cordelia, no apartas de mí los ojos! aun no has vuelto en tí de la sorpresa; vamos, sosiégate, hija mia, háblame, habla; hace tanto tiempo que no he oido tu voz...

Cor. No, no; padre mio, vos sois el que debe hablar, porque no es bastante veros; para cerciorarme de mi dicha es necesario que os oiga. Esta felicidad repentina, inesperada, inmensa, me ha sobrecogido y me tiene atónita... ¡Ah! ¡bendito seais, Dios mio! ya puedo llorar... ¡me he salvado...!

Blin. ¡Hija mia! ¡querida hija...! ¡oh! ¡cesa, cesa, porque temo que tu debilidad se apodere de mí tambien, y Enrique se burlará de nosotros! Enjuga esos hermosos ojos que yo adoro... ¡Hartas lágrimas habrán derramado durante mi ausencia!

Cor. ¡Ah!

Blin. Qué alegría que estés aquí, querido Enrique; la noche dichosa en que nos hemos reunido es la de la Natividad del Señor; noche que otros años acostumbrabamos á celebrar en familia. Margarita no tiene nada que ofrecernos para hacer siquiera una pequeña colacion.

Mar. ¡Pues! solo á mí me suceden tales cosa. Ya se ve, estabamos tan distantes de veros esta noche... No hay casi nada en la casa.

Blin. Ahí tienes á David, que no desea mas que ayudarte á salir de apuros, y que si es necesario, irá á comprar algunas frioleras por tí.

David. Con sumo gusto.

Blin. Ea, manos á la obra; tenemos muchas cosas que hacer esta noche.

Cor. ¿Cómo?

David. Voy á contar á todo el barrio la noticia de vuestra libertad... ¡qué contentos se van á poner todos!

Blin. (*Deteniéndole.*) Tengo mis razones para que esto quede secreto hasta mañana: Margarita, y tú, David, ¿prometeis callarlo?

Cor. ¡Me asustais! ¿qué significa...?

Blin. No podria negarme á recibir las felicitaciones de mis vecinos y amigos, y quiero pasar la noche con vosotros, hijos mios; con vosotros solos, ¿lo entendeis ahora?

David. Queda convenido; esta noche, punto en boca...: pero mañana, tomo una bocina...

Blin. Te doy permiso para ello.

Mar. Venid, venid, David. ¡Ah! ¡qué alegría!

ESCENA IX.

CORDELIA. BLINGTON. ENRIQUE.

Blin. Vamos, hijos mios... ahora que estamos solos; ha-

blemos un poco de mi pobre casa, que se ha visto privada á un mismo tiempo de su principal y de su primer dependiente... ¿Habrá estado cerrada en este tiempo, no es verdad...? ¡La casa de Blington cerrada!

Cor. No, padre mio; ni un solo dia.

Blin. ¿Cómo? ¿pues desde cuándo está Enrique de vuelta?

Enr. Desde esta noche únicamente.

Blin. ¿Y quién ha llevado el peso de los negocios? ¿David no habrá sido?

Cor. No, padre mio; he sido yo.

Blin. ¡Tú, hija mia!

Cor. Y con no poca suerte, que es mas. Sabia que el pensamiento que mas os atormentaría en vuestra prision era el de vuestro crédito...

Blin. Despues de la idea de lo que sufrias, hija querida. ¿Es decir que la venta...?

Cor. No ha padecido la menor alteracion.

Blin. ¿La correspondencia...?

Cor. Se ha seguido á vuelta de correo.

Blin. ¿Y los libros de caja?

Cor. (*Enseñándolos.*) Miradlos, todo está al corriente: la reputacion de la casa no ha sufrido el menor desdoro.

Blin. (*Despues de una pausa.*) ¡Dios mio! ¡yo te lo agradezco! (*Se sienta delante de los libros.*)

Cor. La acusacion que pesaba sobre vos ha entiviado el ardor de un gran número de vuestros amigos; pero al paso que se negaban á interceder en favor vuestro, se tomaban un vivo interes en vuestra situacion comercial... me han ofrecido remesas y renuevos de todas partes. Yo he contestado dando las gracias, y he rehusado.

Blin. Has hecho bien.

Cor. La casa Van-Bremel de Amsterdam ha escrito tan luego como ha tenido noticia de vuestra prision, ofreciéndose á abrir un crédito doble del que hasta aquí teniais en su casa.

Blin. Enrique, esta es la mas dulce recompensa de veinte años de probidad. ¿Y cuándo ha llegado esa carta?

Cor. Ayer.

Blin. ¿Dónde está?

Cor. (*Buscando en su bolsillo.*) Aquí la teneis.

Blin. Trae; debo contestar á ella yo mismo. Pero, mira, Enrique, ¡qué orden! ¡qué claridad! Vamos á esto, Cordelia, la teneduría de libros no se aprende por sí sola. ¿Tú has tenido alguno que te enseñe? (*Se levanta.*)

Cor. Sí, padre mio, y mucho antes que os prendiesen.

Blin. ¿Quién ha sido?

Cor. (*Señalando á Enrique.*) Él, padre mio.

Blin. ¿Enrique? ¡Ah! ¡Ah!

Enr. Sí señor; Cordelia me pidió que la diese algunos consejos, y yo he creido que no debia rehusárselos.

Cor. Tenia hace tiempo el proyecto de ayudaros, padre mio; ¡trabajais tanto!

Blin. ¿Pero á qué hora se daban esas lecciones?

Enr. Cuando no estabais delante.

Cor. Y algunas veces cuando estabais: ¡sois tan distraido!

Blin. Verdad es; ¿qué quieres? tengo siempre ocupada la cabeza con mis asuntos, de suerte que muchas veces parezco indiferente á lo que pasa al rededor de mí; pero no por eso dejo de hacer mis observaciones, y cuando estoy solo recuerdo pormenores que habian pasado delante de mis ojos sin llamarme al parecer la atencion, y á fuerza de darlos vueltas acabo por descubrir la verdad como otro cualquiera... ¿Y sabeis un descubrimiento que he hecho durante las tres semanas que he pasado en la cárcel?

Enr. ¿Cuál?

Cor. ¿Sí, cuál?

Blin. El de que os amais.

Cor. ¡Padre mio!

Enr. ¡Señor Blington!

Blin. Venid acá, hijos mios; ¿creeis que si yo hubiese desaprobado vuestro amor no lo hubiera echado de ver mas pronto? ¿Callais? Puede ser que me haya equivocado. ¿Qué dices tú, Cordelia, me he equivocado?

Cor. Preguntádselo á Enrique.

Blin. ¿Me he equivocado, amigo mio?

Enr. Preguntádselo á vuestra hija.

Blin. Bien respondido por una y otra parte. ¡Tu mano, Cordelia! ¡La tuya, Enrique! (*Los acerca y los une. Los dos jóvenes hacen un movimiento.*) ¿Cuándo os casais?

Enr. ¡Ah! cuanto mas pronto mejor.

Cor. Padre mio, es preciso todavía algun tiempo.

Blin. Me adhiero á la opinion de Enrique; no me gusta dilatar los negocios.

Enr. ¡Oh! ¿y cuándo ha de ser, señor Blington? ¿cuándo?

Blin. Esta misma noche: ¿quieres?

Cor. ¡Padre!

Blin. Escuchadme, hijos mios; ahora que nos hemos esplicado y somos felices, tengo que confesaros una cosa.

Cor. Yo tiemblo... hablad.

Blin. Al salir de la audiencia he encontrado á uno de mis jueces que me estaba aguardando. Este sugeto, á quien yo sin duda he inspirado algun interes, me ha dicho que haria bien en marcharme de Inglaterra por algun tiempo. El consejo me ha parecido prudente, y mañana me marcho.

Cor. ¡Ah! nosotros os seguiremos á todas partes.

Enr. Sí, sí, á todas partes.

Blin. No, hijos mios, no. ¿Y qué sería de mi casa entonces? Somos bastante ricos para abandonarla. ¿Habia yo de dar por dote á mi hija la miseria? Tengo mas prevision y menos egoismo. Os quedareis en Londres; pero debeis figuraros que no puedo separarme de vosotros sin veros unidos. Esta noche recibireis la bendicion en la sala donde murió tu madre, y el reverendo doctor Graham, nuestro pastor y amigo, se encargará de desposaros. Enrique, irás ahora á buscarle, y le rogarás que venga á mi casa inmediatamente. A estas horas está en la suya, y jamas me ha rehusado nada.

Cor. ¡Y nos abandonais, padre mio!

Blin. Confiemos en que Dios enviará pronto mejores consejeros al rey de Inglaterra. Vamos, Enrique, ¿no tenias tanta prisa hace poco?

Enr. La noticia de vuestra marcha ha aguado toda mi alegría.

Blin. ¡Pobre Enrique...! Sin embargo, tu padre tiene derecho ahora para darte órdenes. Vete.

Enr. Voy, y vuelvo al momento. Tengo en Londres bastantes amigos, y confio en que no se marchará. (*Vase.*)

ESCENA X.

BLINGTON. CORDELIA.

Blin. Tú, hija mia, déjame solo un momento; retírate á tu cuarto.

Cor. ¡Que me retire! ¿y por qué?

Blin. ¿No piensas hacer ningun preparativo?

Cor. No.

Blin. Quisiera contestar á los Van-Bremel. Debo enviarles las gracias por la prueba de confianza que me han dado. Anda, hija mia.

Cor. (*Al entrar.*) ¡No hay dicha completa en el mundo!

ESCENA XI.

BLINGTON *solo, y mirándola salir.*

¡Pobre niña! ¡ah! (*Se sienta á la mesa, y se pone á escribir.*) "Al señor Van-Bremel y compañía, en Amsterdam: Muy señor mio y estimado corresponsal: habiendo sido sentenciado hoy á la pena capital, y debiendo ser ajusticiado mañana á las seis de la madrugada, me apresuro á contestar á vuestra favorecida de 18 del corriente, que acepto para Enrique Palmer, mi yerno, y para mi hija Cordelia, el ofrecimiento que en ella me haceis de la continuacion de vuestro crédito. No habiendo sido confiscados mis bienes, espero que mi muerte no contribuirá en manera alguna á aminorar la confianza que la casa Blington os ha inspirado siempre. Tratad con mi yerno y mi hija como acostumbrabais á tratar conmigo, es decir, á seis meses de data y al tanto por ciento. Soy vuestro mas afectísimo &c. Blington."

ESCENA XII.

BLINGTON. ENRIQUE, *que sale precipitadamente.*

Enr. (*Con un papel en la mano.*) ¡Señor Blington!

Blin. ¿Tan pronto de vuelta, Enrique? Si no puedes haber tenido tiempo para ir á casa de Graham.

Enr. No, no, ya se ve que no.

Blin. ¡Estás demudado! ¿Qué papel es ese?

Enr. Es... ¡oh! no tengo fuerza para hablar... Leed.

Blin. (*Leyendo.*) "Lista de los reos de alta traicion sentenciados hoy por la cámara alta, y que serán ajusticiados mañana á las seis de la madrugada." ¿Quién te ha dado esto?

Enr. Un hombre que la vendia públicamente... ¡Oh! pero mirad, mirad bien... vuestro nombre está entre esos... es un error... pero un error funesto... y que solo de pensar en él...

Blin. ¡Silencio! No es error.

Enr. ¡Pero sin duda no habeis entendido...! Esa lista es la de los sentenciados á muerte.

Blin. Y yo estoy en ella el tercero; asi es la verdad. Pensaba decírtelo dentro de dos horas, y con este motivo te lo digo ahora... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Enr. ¡Jueces infames!

Blin. (*Poniéndole la mano en la boca.*) ¡Oh! por compasion hácia Cordelia, silencio; ¡te suplico que guardes silencio!

Enr. ¿Pero por qué milagro os hallais á un mismo tiempo libre y sentenciado? ¿Cómo esplicar que mañana hayais de ser ajusticiado, y hoy esteis libre en vuestra casa...? ¿Habeis sobornado á algun carcelero...? ¡Qué dicha! ¿Y os estais asi en Londres? ¡Qué imprudencia! Es preciso huir al instante... ¡Venid, salvaos!

Blin. No puedo.

Enr. ¿Por qué?

Blin. Porque he dado mi palabra.

Enr. ¡Oh! Dios mio, Dios mio... ¡es para volverse uno loco...! ¡Hé ahí por qué queriais casarnos esta no-

che...! ¡y yo estaba tan contento! pero no se ha perdido todo; una vez que estais aqui, aun nos queda alguna esperanza.

Blin. Ninguna. Te hablo como se habla á un hombre. Sosiégate. Hazme ver que el esposo que he dado á mi hija tendrá valor para defenderla si llega la ocasion.

Enr. ¡Infeliz Cordelia!

Blin. Enrique, me quedan ya pocos momentos que pasar á su lado, y quiero que sean placenteros. Júrame por tu honor que no la dirás nada de lo que voy á referirte.

Enr. Lo juro.

Blin. ¿Ya sabrás por qué fuí preso?

Enr. Sí. Era preciso delatar á un amigo. Pero contra vos no habia mas prueba que estos renglones: "Descuida, Burdett, yo serviré de padre á tu hija."

Blin. No habia mas.

Enr. ¿Y os han sentenciado?

Blin. Quizás no lo habria sido por ese solo indicio; pero lord Feffries me dirigió esta pregunta: "Blington, bajo vuestra palabra de honor, contestad: ¿teniais noticias de la conjuracion, ó no las teniais?" ¿Qué hubieras tú contestado, Enrique?

Enr. ¡Ah! yo, no sé... pero lo que es vos, sé cuál habrá sido vuestra respuesta. (*Óyese vocear en la calle.*)

Blin. ¡Silencio! ¡escucha! ¡es el pregon! ¡con tal que Cordelia no le oiga...!

Una voz dentro. "Lista de los reos de alta traicion sentenciados hoy por la cámara alta, y que serán ajusticiados mañana:

Sir John Turner.
Sir Arturo Lindsay.
El comerciante Blington...

Enr. ¡Ah! (*Cordelia levanta el tapiz de su cuarto, y escucha.*)

La voz mas lejos. Sir Andres Tullibardine.
Williams Mac-Gregor."

(*La voz se pierde; vuelve á caer el tapiz.*)

Blin. Ya se aleja.

Enr. ¡Es decir que os habeis entregado vos mismo! ¡ah!

¡miserable! ¡han armado un lazo á vuestra honradez para tener el derecho de sentenciaros á muerte! Pero en fin, ¿cómo estais aqui? ¿por qué no podeis huir... cuando la muerte está tan próxima?

Blin. Aguarda. (*Va á la puerta de Cordelia.*) No siento ruido en su caarto: ¡no ha oido nada! ¡cuánto me alégro!

Enr. ¡Oh! hablad, hablad... no sabeis lo que sufro.

Blin. A las cuatro de la tarde pronunciaron la sentencia. Pocos minutos despues me llevaron otra vez á mi prision. ¡Ah! hace un instante te encomendaba que tuvieses valor, y yo creo no estar desprovisto de él; pero cuando volví á quedarme solo, á pesar de que delante de mis jueces me habia mostrado impasible, á pesar de que ni habia pestañeado á la lectura de la sentencia... pensé de repente en mi hija, que no habia visto en veintiun dia, y me eché á llorar como un niño.

Enr. ¡Dios mio!

Blin. Abrióse á poco tiempo la puerta de mi prision, y entró el teniente de la torre. Tal vez no le conocerás, Enrique. Se llama sir Tomas Melvil; es un hombre austero, pero justo, y que no parece haber nacido para las tristes funciones que tiene que desempeñar.

Enr. ¿Venia á saber vuestra postrera voluntad?

Blin. Mas que eso... Escucha, escucha: quise reprimir mis lágrimas al verle; ¡imposible! "Blington, me dijo acercándose, Inglaterra es el pais de las muertes desastrosas. Desde que estoy aqui he visto perecer infinitas víctimas de nuestras reacciones políticas: los que tenian una conciencia pura, como debe serlo la vuestra, pasaban una noche tranquila antes de subir al cadalso."

Enr. ¡Oh!

Blin. Sir Melvil, le contesté, los que morian asi no tenian sin duda una hija á quien dejar huérfana... ó si la tenian, no la querian como yo quiero á la mia. Si me la hubiesen dejado ver una vez solamente, la última, antes de sucumbir, moriria, sino consolado, tranquilo al menos. ¡Ah! si vos fueseis padre no me

negariais esta suprema dicha. Mi hija os lo pagaria en súplicas, y yo en bendiciones.

Enr. ¿Y entonces?

Blin. Entonces... "Escuchad, me dijo Melvil, conozco que es contra las leyes de la naturaleza dejaros morir sin abrazar á vuestra hija... la vereis." ¡Yo di un grito! ¡oh! ¡cuándo! ¡cuándo...! acordaos que muero mañana. — "La vereis esta noche." — ¿En mi prision? — "No, Blington, ella no puede entrar, y he tenido muchas veces el sentimiento de negarla la puerta. Tengo subalternos envidiosos que me espian. ¡La conocerian, y la detendrian antes de que consiguiese llegar hasta vos!" — ¿Qué he de hacer entonces? — "Ireis á verla. Vamos á salir juntos; el favor que os hago es tan especial, que nadie pensará en miraros." — ¡Ah! ¡Sir Melvil! ¡esa confianza...! — "Nada arriesgo por ella, Blington; vuestra probidad es proverbial en la ciudad de Londres, y vos no faltareis á vuestra palabra, ni aun por salvar la vida. Prometedme estar de vuelta mañana á las cuatro de la madrugada... y no hablemos mas." — Me arrojé á sus pies dándole las gracias; le hice en seguida el juramento que me pedia, y aqui me tienes.

Enr. ¡Oh! ¡ahora lo comprendo todo! ¡á las cuatro...! ¡ah! sereis puntual á la cita.

Blin. Bien, Enrique, te agradezco que no hayas dudado de mí.

Enr. ¡Pero eso no puede quedar asi! ¡vos en un cadalso! Yo haré que el pueblo se subleve al saberlo...

Blin. ¡Ah! ¿Y sería eso razonable? ¿Quieres defender una causa desesperada, y privar á Cordelia del único protector que la queda? ¿Amotinarse el pueblo por mí? ¡Pobre Enrique! ¿Has oido un solo murmullo cuando ese hombre que ha pasado por debajo de estas ventanas ha pronunciado mi nombre?

Enr. ¡Ingratos y cobardes! El duque de Suffolk me ha demostrado un vivo interes en diversas ocasiones; voy á echarme á sus pies...

Blin. Será un paso inútil, cuando para mí los minutos son dias y las horas siglos. Vé á buscar á Graham. Reflexiona que antes de separarme de mi hija

para siempre, quiero dejarla un apoyo.

Enr. Cordelia me maldeciria si yo pensase en mi felicidad cuando se trata de vuestra vida. ¡Dejadme, dejadme salir!

Blin. ¿Lo deseas absolutamente? Entonces iré contigo. (*Señala á una capa y un sombrero que ha dejado al entrar sobre una silla.*) A favor de ese disfraz he logrado salir de la torre. Puedo aventurarme con él á andar por las calles, y cuando tú vuelvas de casa del duque de Suffolk lo encontrarás todo dispuesto para tu casamiento.

Enr. Corro entonces á casa del duque.

Blin. Yo á casa de Graham. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

CORDELIA, *sola.* — *Acércase pálida y con los ojos fijos.*

¿Es un delirio de mi imaginacion, hijo de la fiebre, lo que he oido, ó es positivamente cierto y me hallo en mi cabal juicio? ¡Ah! esta carta para la casa de Van-Bremel... veamos. (*Abre la carta, y lee.*) ¡Ah! ¡no...! ¡eso no será ni puede ser! (*Corre á la campanilla y llama con violencia; en seguida viene á caer sobre el sillon cerca del bufete.*)

ESCENA XIV.

CORDELIA. MARGARITA. *Poco despues* DAVID.

Mar. (*Corriendo.*) ¿Qué es esto, señorita? Estais toda demudada: ¿qué hay?

Cor. (*Volviendo en sí.*) ¿Qué hay? nada. Lo que hay es que es preciso que bajes inmediatamente á casa de maese Cornelio.

Mar. Estará acostado.

Cor. Le despiertas.

Mar. ¿Y qué he de decirle?

Cor. Le dirás... aguarda. (*Coge una pluma y la tiembla la mano de tal modo que no puede trazar una letra.*) ¡Dios mio! ¿si no podré escribir? (*Se sostiene la ma-*

no derecha con la izquierda, y logra escribir algunas líneas.)

Mar. Pero aqui ha sucedido alguna cosa que no quereis decirme.

Cor. Nada. ¿Qué quieres que suceda? no vayas á hacer esas reflexiones delante de mi padre. Lleva eso á maese Cornelio. Cuidado con entregar á nadie mas que á mí lo que él te dé despues de haber leido esa esquela; ¿lo oyes? á mí sola.

Mar. Está bien, señorita. (*Aparte.*) ¿Qué será?

Cor. ¿Margarita?

Mar. ¿Qué mandais?

Cor. Envíame á David. (*Vase Margarita.*) No hay otro medio. Lloros, súplicas, todo sería inútil... le conozco... Dios me castigará si á una hija no le es permitido cualquier medio para salvar á su padre... Dentro de un cuarto de hora, ó de media hora á lo mas, estaremos lejos. ¿Qué puerto es el mas inmediato? (*Llevándose ambas manos á la cabeza.*) Ya no me acuerdo. ¿Si me volveré loca?

David. (*Sale.*) ¿Me habeis llamado, señorita?

Cor. ¿A tí? no... aguarda... que me acuerde. Esto es, Mi padre ha salido. Inmediatamente que vuelva engancharás el caballo, y aguardarás con el carruage delante de la puerta; anda.

David. ¿A estas horas? Calla, ¿dónde vais?

Cor. No me preguntes, ni hables á nadie de esta orden, y mucho menos á mi padre. Te lo pido por Dios, mi buen David.

David. Descuidad, señorita; cuando me hablais con ese tono me dejaria quemar vivo por vos. A propósito, ¿he de ir guiando yo?

Cor. No, irá Enrique. (*Vase David.*) Coordinemos mis ideas. ¡Dios mio...! ¿quién viene? ¡nadie! ¡ha salido! ¿y sino volviese? oigo ruido... él es: ¿que hacer para ocultar mi turbacion? si lo echa de ver, desconfiará de mí. (*Acerca una mesa, en la cual estiende un mantel &c.*)

ESCENA XV.

CORDELIA. BLINGTON. *Poco despues* MARGARITA, ENRIQUE *y* DAVID.

Cor. ¡Gracias á Dios! ¡os aguardaba con una impaciencia!

Blin. ¿Pues qué sabias que habia salido?

Cor. No, no por cierto, no lo sabia. Creía que estabais arriba. Cenaremos pronto, ¿no es verdad?

Blin. Luego que Enrique y Graham hayan venido.

Cor. El señor Graham... ¡ah! es verdad, ¡lo habia olvidado!

Blin. ¿Habias olvidado que debes casarte esta noche?

Cor. No pienso mas que en vos, padre mio, en vuestro viaje... (*Aparte.*) ¡Y Margarita no vuelve! (*Viendo á Margarita, que sale.*) ¡Ah!

Mar. (*Deslizándole una redomita de vidrio en la mano.*) Tomad.

Cor. (*Bajo.*) ¡Cuidado con decir una palabra!

Blin. ¿Qué es eso?

Cor. Una orden que la he dado sobre la cena. Pero como veo que aun va largo que nos pongamos á la mesa, os daré entre tanto si quereis una copita de aquel vino añejo de España que tanto os gusta, y que no habeis probado en todo este tiempo. Debeis tener necesidad de reparar las fuerzas.

Blin. Verdad es, hija mia; pero quédate á mi lado, Margarita irá en tu lugar.

Cor. No hay necesidad, porque acaba de traerlo.

Blin. Tanto mejor; no quisiera perder un solo momento de los últimos que he de pasar á tu lado.

Cor. ¿Los últimos?

Blin. Trae, trae. (*Cordelia va al foro, coge una botella de la mesa, y prepara el vino.*) ¡A tí tambien voy á dejarte, pobre Margarita! á tí, mi mas antiguo conocimiento en este mundo desde que mis padres han muerto.

Mar. ¡Eh! Señor, el gobierno puede variar de un momento á otro... El rey Jacobo tiene pocos amigos, y si Dios le diese por sucesor á su hijo el príncipe de

Gales, ó á su yerno el príncipe de Orange... entonces podriais volver.

Blin. ¡El cielo te oiga, Margarita! los hombres saben la hora de su marcha, Dios tan solo sabe la de su regreso.

Cor. (*Trayendo una copa con vino.*) ¡A ese venturoso regreso, padre mio!

Blin. A mi regreso, sí. (*Bebe.*)

Cor. (*Volviendo á tomar el vaso despues que su padre ha bebido, y dándosele á Margarita.*) Toma, Margarita; déjanos. (*Vase Margarita.*)

Blin. ¡Cordelia!

Cor. ¡Padre mio!

Blin. ¡Ese clave me recuerda uno de vuestros mas gratos recreos! Canta, antes que Enrique vuelva, una de tus arietas favoritas.

Cor. Iba á proponéroslo: ¿quereis que os cante la balada del rey Lear?

Blin. Sí; al nacer te puse el nombre de la última de sus hijas; la eleccion fue acertada; eres un modelo de amor filial como ella. Yo te bendigo desde el fondo de mi alma, hija mia.

Cor. (*Al clave.*)

¿Quién allí tan triste y solo
Se ve el valle atravesar?
Pardo musgo, seca espiga
Ciñen hoy su sien real:
Dulce nombre repitiendo,
Es el viejo rey Lear.
¡Ah! ¡qué padre en este mundo
Infeliz cuál él será!

Blin. No sé lo que siento... mis ideas se ofuscan.

Cor. ¡Cómo me mira! (*Vuelve á cantar.*)

Rey sin pueblo, sin familia,
¿A quién, di, llamando vas?
Si tres hijas te dió el cielo,
Odio en dos solo has de hallar:
De tu corte á la tercera

Arrojaste sin piedad.
¡Ah! ¡qué padre en este mundo
Infeliz cual tú será!

(*Blington se levanta, se dirige vacilando á su bufete, y coge la carta que ha escrito para Van-Bremel. Cordelia se detiene.*)

Blin. ¡Abierta...! ¿tú has leido esta carta?

Cor. ¡Padre mio!

Blin. ¿No es verdad que no piensas en salvarme? ¿Sabes que la cabeza de Melvil responde de la mia, y que si mañana no estoy presente cuando me llame el Sherif, Melvil será conducido al suplicio en lugar mio?

Cor. ¡Gran Dios!

Blin. ¿Te estremeces...? ¡Ah! desventurada, ¿qué habia en el vino que me has dado á beber? ¡Oh! pero aun tengo fuerzas suficientes... iré... sí, iré... cumpliré mi palabra. (*Da algunos pasos hácia la puerta, y cae dormido en los brazos de Enrique, que acaba de entrar hace algunos instantes.*)

Enr. ¡Blington! ¡Gran Dios!

Cor. (*Llamando.*) ¡David! ¡David! ¿está pronto el carruage?

David. (*Corriendo.*) Sí, señorita.

Enr. ¿Qué es esto? ¿qué hay?

Cor. ¿Qué hay, Enrique? que he salvado á mi padre.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en casa del doctor Van-Claer, en la Haya. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DAVID, *leyendo el sobre de una carta que tiene en la mano.*

Al doctor Van-Claer, en la Haya... sellada en Buenos-Aires... ¡perdonad la cortedad...! ¡hé aqui un pliego de papel que ha corrido dos mil leguas! es un viaje mucho mas largo que el que yo habia emprendido cuando el cielo tuvo á bien detenerme en el camino... ¿quién diablos puede escribirnos desde Buenos-Aires...? ¡toma! ¡toma! ¡como si el doctor Van-Claer no estuviese en correspondencia con las cuatro partes del mundo...! ¡qué tiene eso de estraño habiendo sido primer médico de cámara del rey de Inglaterra, y siendo director de una casa de locos! ¡esta carta no me inspira la menor curiosidad! si viniese de Londres tal cual; ¡pero de la América del Sud! maldito si me importa lo que alli pasa. (*Ahueca la carta en forma de anteojo, y mira lo que pone dentro.*) ¡Qué garabatos! ¡Cómo quieren que uno lea esto! debia estar prohibido escribir asi... ¡es imposible descifrar una palabra! ¡Ah! este renglon... "Deseo que el indigno Blington..." ¡Blington...! "sea tan feliz en su destierro como yo voy á serlo en el mio..." ¡El indigno Blington! eso es, porque no quiso dejarse ahorcar... como si el ir á la horca fuese un paseo agradable... ¡pobre señor Blington! ¡no esperaba yo ver citado su nombre por un sugeto que escribe desde el otro mundo! por fuerza que haya metido mucho ruido su aventura.

ESCENA II.

DAVID. VAN-CLAER.

Van. ¡Buenos dias, David!

David. (*Levantándose sorprendido.*) ¡Ah!

Van. ¿Qué hacias?

David. Pensaba en mi ingrata patria.

Van. Ayer tuve noticia de ella.

David. Y aunque sea curiosidad, ¿qué tal van por allá los asuntos?

Van. Muy bien.

David. ¿Para el parlamento, ó para el rey?

Van. Para la Inglaterra.

David. (*Frotándose las manos.*) Lo cual quiere decir que el príncipe de Orange va ganando terreno. ¡Ah! ¡si él fuese llamado al trono...! ¿volveriais á Londres?

Van. No, ciertamente; he suspirado largo tiempo por Inglaterra, donde he dejado parientes y enfermos... pero aqui tambien hay como alli gentes honradas, y desgraciados que padecen; he ido reemplazando todo lo que habia perdido. Ademas, yo no soy inglés; nací en Holanda; y el rey Jacobo al desterrarme no ha hecho mas que restituirme á mi patria. Pero dejemos esto. ¿Qué carta es esa?

David. Una que acaba de traer el cartero.

Van. ¡De Buenos-Aires! ¡y no me lo has dicho! (*Abre la carta.*) ¡Es suya, á Dios gracias! ¡pobre amigo! ha llegado á puerto de salvacion.

David. ¿Segun veo esa carta os da buenas noticias?

Van. No podia recibirlas mejores.

David. ¿Será de algun enfermo á quien habreis restituido la razon?

Van. Aun mas que eso; á quien he restituido la vida. (*Sentándose.*)

David. ¿Restituido la vida? ese es un modo de hablar como cualquiera otro. Cuando un hombre ha muerto, ni el médico mas habil...

Van. Es segun; la medicina hace tambien milagros. En prueba de ello, aqui tengo un artículo que habia arreglado hacia ya tiempo, refiriendo cierto caso, y que

la llegada de esta carta me mueve por fin á dar al público. (*Le saca de un cartapacio.*) Este es... voy á añadirle algunos renglones para que los lleves inmediatamente á casa del editor de la Gaceta de la Haya... encargándole que le inserte en el número de esta tarde.

David. (*Aparte.*) ¡Eso es, una caminata ahora, cuando si yo he entrado en su casa ha sido para iniciarme en los secretos de la profesion!

Van. (*Escribiendo todavia.*) ¡Qué alegría, poder hacer saber esta noticia á la Europa científica y á los amigos del pobre desterrado! El secreto ha sido guardado tan fielmente como lo exigia la gravedad del asunto; ¡pero cuánto me ha costado callarle! si no hubiese sido mas que una buena accion, nada tenia de particular... ¡pero una curacion tan maravillosa...! (*A David.*) Vé á llevar este artículo á la redaccion que te he dicho, y di que quisiera leerle impreso esta tarde.

David. Está bien.

Van. (*Levantándose.*) ¿No ha venido nadie?

David. (*Volviendo.*) ¡Qué cabeza la mia! ha venido un caballero... un hombre.

Van. ¿Qué queria?

David. Queria veros. Cuando le dije que habiais salido á hacer vuestras visitas, manifestó deseos de examinar la casa, bajo pretesto de que era médico tambien, y se dedicaba al estudio de la enagenacion mental. Mientras ha estado hablando no ha hecho mas que mirar al rededor suyo... se me ha metido en la cabeza que es algun agente secreto del rey Jacobo.

Van. ¿Pues qué, el rey Jacobo envia sus agentes á Holanda?

David. ¡Yo lo creo! Desde que el príncipe de Orange, para no romper abiertamente con su suegro, se ha visto obligado á concederle la estradicion de varios súbditos emigrados... *¡Leed* la Gaceta de las *Provincias-Unidas!*

Van. ¡Y un hombre de esa especie tendria la audacia de presentarse en casa del doctor Van-Claer!

David. Sí señor; toman cualquier disfraz; se valen de todos los pretestos...

Van. ¿Pero á quién quieres que venga á buscar á mi casa?

David. A mí tal vez. Ya sabeis que soy un víctima del rey Jacobo, y que si el buque donde iba no hubiese naufragado en las costas de Holanda, estaria respirando en este momento el aire de las Indias, adonde mis jueces me mandaron deportar.

Van. ¿Qué habias hecho para merecer una sentencia tan rigorosa?

David. ¡Yo! ¡nada! Me habian preso en un grupo de quince á veinte mil personas que gritaban: ¡muera el gobierno!

Van. La cosa no podia ser mas inofensiva. Pero volviendo al desconocido que se ha presentado en mi casa, y tú no has dejado entrar, ten entendido, para de aqui en adelante, que no quiero que fiscalices en mi casa las acciones de nadie. Si ese sugeto traía intenciones dañosas al venir aqui, yo hubiera sabido descubrirlo; si por el contrario venia únicamente animado del deseo de instruirse, nadie, ni aun yo mismo, tiene derecho para cerrarle la puerta.

David. Señor...

Van. ¡Basta...! ya estás prevenido para otra vez. Marcha ahora á la redaccion de la Gaceta.

Un criado. (*Anunciando.*) ¡El señor Dickson!

Van. No conozco tal nombre.

David. (*Que ha subido hácia el foro y ha mirado á la antesala.*) ¡Es él!

Van. ¿Quién es él?

David. El estrangero de esta mañana.

Van. Entonces, decidle que entre. (*El criado se retira.*)

David. Yo no deseo mas sino haberme engañado.

Van. David, el artículo...

David. (*Aparte.*) Estoy seguro que es á mí á quien busca.

ESCENA III.

DICHOS. GODWIN *bajo el nombre de* DICKSON.

God. (*Sale y saluda.*) ¿El señor doctor Van-Claer?

Van. Soy yo, caballero.

David. (*Mientras que se saludan.*) Afectemos serenidad. (*Pasa por junto á Godwin, y le saluda.*) ¡Caballero...!

God. (*Despues de haber contestado con una ligera inclinacion de cabeza al saludo de David.*) Perdonad, caballero, mi empeño por hablaros, pues es la segunda vez que me presento en vuestra casa.

Van. He sabido que habiais venido mientras yo me hallaba fuera, y he sentido...

God. Pedí permiso para aguardar á que volvierais, pero ese jóven que acaba de salir... secretario vuestro sin duda, no ha querido concederme ese favor.

Van. Aunque estoy lejos de disculparle, el régimen que se observa en la casa es tan severo que la mayor parte de los desgraciados que estan bajo mi vigilancia no tienen ninguna comunicacion con lo esterior, y he prohibido que en mi ausencia...

God. ¡Oh! haceis perfectamente; pero como he llegado ayer á la Haya, y debo volver á salir de esta ciudad mañana mismo, deseaba no pasar el dia sin veros, y obtener de vos el permiso de visitar un establecimiento de que tantas veces me ha hablado con encomio el célebre doctor Clarke.

Van. ¿El doctor Clarke, de la universidad de Oxford?

God. El mismo... he asistido á sus lecciones.

Van. Es decir que estoy hablando con un compañero...

God. No merezco ese título; al lado de vos, como al lado del doctor Clarke, no soy mas que un discípulo á pesar de mi edad, pero aquel sabio doctor se digna contarme en el número de sus amigos.

Van. Él lo es tambien mio, y de los mas antiguos y sinceros; á él debo mi nombramiento de médico de cámara, á pesar de que cuando fuí nombrado aun era yo muy jóven.

God. Destino que le habian ofrecido, y que no quiso admitir por no dejar su cátedra. Ya veis que no ignoro ningun pormenor.

Van. En efecto; seais pues bien venido, una vez que os presentais en su nombre; tened la bondad de decirme en qué puedo complaceros. Estoy á vuestras órdenes.

God. He formado el proyecto de fundar en los alrededo-

res de Londres una casa de locos bajo el modelo
la que vos dirigís; y me presento en vuestra casa
nombre del doctor Clarke á suplicaros que me c
muniqueis el fruto de vuestras observaciones, el r
sultado de vuestros ensayos.

Van. Examinareis mi casa con la mayor minuciosida
¿Ya sabreis sin duda que yo no hago de ello una e
peculacion? No tengo heredero alguno; mi famil
son mis enfermos. Pondré á vuestra disposicion
libro donde consigno los tratamientos que prescrib
Por lo demas, si yo hubiera sido tan feliz que hubi
ra hecho algun descubrimiento útil á la ciencia
le consideraria como mi propiedad personal, sin
como un depósito de que deberia dar cuenta á
humanidad.

God. Si temeis que mi presencia moleste ó perjudique
vuestros enfermos...

Van. Nada de eso; sé hacerme querer por todos ellos,
guiado por mí, participareis de la confianza que le
inspiro.

God. Tanta bondad...

Van. No me la agradezcais; solo os suplico me disimu
leis por la fria acogida que habeis tenido la primer
vez en esta casa; ignoraba quién fueseis...

God. ¡Eh! nada tiene de particular; ¿hay por ventura
cosa mas natural que la desconfianza en la época en
que vivimos?

Van. (*Llama. Sale un criado.*) Peters. (*A Godwin.*)
Con vuestro permiso.

God. (*Sacando una cartera del bolsillo y leyendo.*)
"Sidnay; John Smith; Blington... aqui estan las se-
ñas de los tres; no las olvidemos, las de Blington
sobre todo; es en el que ha puesto mas empeño lord
Feffries, y quiere descubrirle á toda costa.

Van. (*Al criado.*) Voy á visitar el establecimiento con
este caballero; os encargo que no vengais á molestar-
nos sino para asunto muy urgente.

Criado. Al mismo tiempo que ha sonado la campañilla
iba á entrar á deciros que ahí fuera espera una se-
ñora jóven que desea hablaros.

Van. ¿De la Haya?

riado. No señor ; parece estrangera.
an. ¿Ha dicho su nombre?
riado. Se llama la señorita de Boermans.
an. ¿Sabes si viene para alguna consulta ?
riado. Lo ignoro, señor; lo que sé es que parecia muy conmovida, y que se la han saltado las lágrimas al suplicarme que os pasase recado.
od. (*Acercándose.*) Os veo en un compromiso, doctor Van-Claer; este criado conocerá sin duda la casa; si os parece, puede acompañarme hasta tanto que os quedeis libre y podais venir á reuniros con nosotros.
an. Peters es el favorito de mis enfermos, y será para vos tan buen guia como yo ; pero no me atrevia á proponérosle.
od. ¡Cómo se entiende! el público es antes que yo, amigo doctor. (*Aparte.*) Asi veré si puedo sonsacar algo á este hombre.
an. Ya lo oís, Peters, acompañad al señor á las habitaciones, enseñadle los jardines, los dormitorios, todo.
od. Hasta luego.
an. Al punto estoy á vuestro lado.

ESCENA IV.

VAN-CLAER. CORDELIA.

an. Entrad, señorita, entrad. (*Abriendo la puerta.*)
or. (*Con el velo echado.*) ¿Es al señor doctor Van-Claer á quien tengo el honor de hablar?
an. Al mismo, señorita; tranquilizaos, os veo trémula; tomad asiento.
or. Mil gracias; vengo á haceros una súplica.
an. ¡Una súplica!
or. ¿Estamos solos?
an. Enteramente.
or. Hará un cuarto de hora, todo lo mas, que me hallo en la Haya ; he llegado de Francia con mi padre, y vengo á suplicaros que le recibais en vuestra casa.
or. Pero señorita... yo no admito aqui mas que á dementes ; ¿sin duda lo ignorabais?

Cor. ¡No señor, no lo ignoraba!

Van. ¡Ah! ¿y cuánto hace que vuestro padre...?

Cor. Tres años.

Van. ¿Quién ha sido su médico hasta ahora?

Cor. No ha seguido todavía ningun tratamiento; esp
rabamos siempre que el mal se curaria por sí misn
pero Dios no ha querido concedernos esa dicha.

Van. Confiemos en que vuestras súplicas le apiadará
señora; por lo que á mí hace estoy pronto á dedic
todos mis esmeros y afanes en obsequio de vuest
padre.

Cor. (*Juntando las manos.*) ¡Oh! no me habian eng
ñado; sois bueno y compasivo.

Van. No hago mas que mi deber. ¿Cuándo deseais q
entre en mi casa?

Cor. Hoy mismo, si es posible, porque aun no nos h
mos apeado en ninguna parte; nos hemos encamin
do en derechura á vuestra casa.

Van. (*Sentándose á una mesa, en la cual hay un lib
de registro.*) Está bien; pero hay que llenar ciert
formalidades. ¿Es holandés vuestro padre?

Cor. No señor.

Van. Tengo orden de remitir al burgo-maestre una n
ta con el nombre y clase de los estrangeros que en
tran en mi casa. Yo bien sé que esto dista mucl
de la ciega hospitalidad de las antiguas Provincia
Unidas; pero ¿qué quereis? es preciso obedecer. I
estendiendo las señas y circunstancias segun vos va
yais dictando. ¿El nombre de vuestro padre?

Cor. Jacobo Boermans.

Van. ¿Su patria?

Cor. Irlanda.

Van. ¿Estado?

Cor. Antiguo comerciante.

Van. (*Sin mirar á Cordelia.*) ¿Traereis sin duda algu
papel ó documento que pueda enviar al burgo
maestre con esta nota?

(*Aparte.*) ¡Somos perdidos!

Tened la bondad de darmele. (*Cordelia se arro
y junta las manos sin responder. Van-Clae
elve y la ve en aquella postura.*) ¡Señorita!

Cor. ¡Oh! Señor, por la Vírgen pura, salvadnos.

Van. ¡Cómo! ¿de qué?

Cor. La acogida que de vos he recibido me anima á decíroslo todo; somos unos pobres proscriptos.

Van. ¡Proscriptos...! ¡vos, una jóven...! ¡vuestro padre, un demente...!

Cor. Sí señor, sí, proscriptos. Acabamos de venir de Francia, donde nos perseguia la justicia, ó mejor diré la venganza de Jacobo II; y hemos llegado aqui, á Holanda, sin apoyo, sin auxilio, sin mas esperanza que la que me ha sugerido la idea de vuestro nombre.

Van. ¡Muy bien, señorita! No necesito documento ni papel alguno; si el burgo-maestre quiere saber absolutamente quiénes sois, le diré... le diré que sois amigos mios.

Cor. (*Queriendo besarle la mano.*) ¡Ah, señor!

Van. Ahora escuchad: no os pregunto vuestros secretos... pero para que yo pueda emprender eficazmente la curacion de vuestro padre, es preciso que tenga noticia de las causas de su locura... ¿sus desgracias tal vez?

Cor. No señor. La desgracia de otro. Mi padre dejó al salir de Inglaterra á uno de sus amigos bajo el peso de una acusacion criminal. Una mañana, al leer en un periódico la relacion de la muerte de aquel desgraciado amigo, cayó privado de sentido, y al volver de su desmayo estaba loco.

Van. ¿Y dónde se halla ahora?

Cor. Ahora debe de estar á vuestra puerta con un jóven... uno de nuestros amigos, porque han tomado el camino de esta casa poco tiempo despues que yo... Sí, sí, miradle paseando allí; venid, miradle.

Van. ¿Qué nos detiene, señorita...? Vamos á su encuentro.

Cor. Id vos; yo no puedo acompañaros.

Van. ¿Pues cómo?

Cor. ¡Infeliz de mí! Uno de los caractéres de l[illegible] locura de mi padre es no poder soportar mi [illegible] cree que yo he sido la causa de la muer[illegible] go... y... no debo ocultároslo, caballe[illegible] horror,

de aqui, y

Van. ¡Oh! ¡pobre jóven...! ¿Y ha sido siempre así desde el principio de su enfermedad?

Cor. Sí señor.

Van. ¿Es decir que hace tres años que estais separados?

Cor. ¡Separados! ¡oh! no. Nunca me ve. Pero yo velo sin cesar por él... por la noche, cuando duerme, voy á escuchar á su puerta, y si su respiracion es pausada, si su sueño es tranquilo, entro en su cuarto y me creo dichosa; pero al menor ruido que hace me veo obligada á huir; mas de una vez ha visto desaparecer á lo lejos el estremo de un chal, ó ha sentido á su lado el roce de un vestido, y entonces dice que es la sombra de mi madre que ha venido á visitarle en sus sueños.

Van. ¡Cuánto os compadezco!

Cor. ¡Ah! ¡Señor, vos no sabeis cuán inmenso sería el beneficio que me hariais si os fuese posible darme una habitacion al lado de la suya! Por una estraordinaria contradiccion, si mi vista le irrita, mi voz le sosiega; y muchas veces en Lila, donde hemos vivido hasta ahora, como nuestros dos cuartos solo estaban separados por un tabique poco sólido, he aplacado sus melancólicos accesos cantándole alguna de las canciones que tanto le gustaban antes de haber perdido la razon.

Van. ¿Y sabia que érais vos la que cantaba?

Cor. No señor; le dijeron que era la sobrina de nuestro huésped, y se dió por satisfecho con aquella esplicacion. Pero quizás no sea facil hallar en vuestra casa una habitacion que esté en esa disposicion.

Van. Está ya hallada, señorita: os quedareis aqui; esta sala os servirá á los dos; haremos de esa sala la alcoba de vuestro padre. (*Señalando á la izquierda.*) Y esta será la vuestra. (*Señalando á la derecha.*)

Cor. ¡Oh! gracias.

Van. Sois una buena hija, y Dios os volverá á vuestro padre. (*Vase.*)

ESCENA V.

CORDELIA, *sola.*

¿Podré al fin esperar alguna tregua en la desgracia que nos persigue...? ¿será esta casa un asilo seguro para mi padre? (*Se acerca á la ventana.*) Allí está paseándose con Enrique. Enrique, hombre noble y generoso, que se ha sacrificado por nosotros. ¡Oh! ¿quién hubiese cuidado de mi padre si hubiese continuado rechazándome siempre, y él no hubiese estado á mi lado? ¡Pobre padre mio! Al ver esas facciones marchitas por el sufrimiento, esa ancianidad anticipada, ¿quién reconoceria en él al honrado y feliz Blington...? ¡Ah! le he salvado la vida, es verdad... ¡pero qué suerte le espera en lo sucesivo...! ¡Imprudente...! ¡Me ha visto al levantar los ojos hácia esta ventana, y quiere retirarse! (*Vuelve á bajar hácia el proscenio.*) El horror que le inspiro no se ha disminuido... ¡triste de mí! Al entrar en esta casa he sentido mi corazon mas aliviado del peso que le oprimia... no sé que voz me gritaba que aquí debian hallar un término nuestras desgracias. La acogida del doctor Van-Claer me afirma en esta esperanza... es la última que me queda... no la destruyais, Dios mio.

Van. (*Dentro.*) Por aquí, caballero, venid.

Cor. Ellos son... mi imprudencia no tendrá mal resultado... ¡Oh! Señor, os lo agradezco. (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE. BLINGTON. VAN-CLAER.

Blin. (*Sale muy agitado.*) Os digo que la he visto; estaba ahí, en esa ventana.

Enr. No hay nadie; ya veis que os habeis engañado.

Blin. Tú la defiendes siempre, Enrique; haces mal, muy mal.

Van. Sosegaos, caballero: ¿de qué se trata?

Enr. De una persona que está muy lejos de aquí, y

que Boermans creía haber visto en esa ventana.

Blin. ¿Creía...? estoy cierto... era ella: ¿la conoceis vos?

Van. Primero es preciso que sepa la persona de quien hablais.

Blin. Es... es una hija que ha deshonrado á su padre.

Van. Sosegaos; estais en casa de un amigo.

Blin. No, no quiero permanecer aqui, una vez que ella está; si nos viesen juntos creerian que estabamos los dos de acuerdo... ó bien... si me quedo... me quedo en esta casa... porque vos teneis trazas de buen hombre; pero ha de ser con una condicion.

Van. ¿Cuál?

Blin. La de que me habeis de dar vuestra palabra... ¿pero cuando dais vuestra palabra la cumplís?

Van. Todo el mundo me tiene por hombre honrado.

Blin. ¡Por hombre honrado...! sí, bien... bien; pero hay una desgracia, y es que todo el mundo toma ese título en el dia; no hay que fiarse en las apariencias, amigo mio; mirad, ya que os hablo, he conocido en Londres... ¿era en Londres...? esperad... ¡Oh! hace ya tanto tiempo, y siento siempre como una nube entre mi pensamiento y mis palabras... ¿qué estaba diciendo?

Van. Deciais que habiais conocido en Londres...

Blin. Sí, en Londres. Alli conocí á un hombre, á un comerciante... nadie ha gozado de mejor reputacion; con él estaban de mas las firmas; sus compañeros no le exigian la suya, y cuando entre ellos se suscitaba alguna disputa sobre intereses, le elegian por juez, y sea cual fuese su sentencia, jamas apelaban de ella. En fin, cuando pasaba por la calle, los ancianos se apresuraban á saludarle, y se le enseñaban á sus hijos diciendo: "¡Es él... es el Hombre de Bien...!" Pues oid: ¿sabeis lo que le sucedió á ese honrado comerciante, á ese inglés caballeroso y leal? Cometió un crimen tan vil, que le han despojado de su antiguo nombre, y en el dia solo le conocen en Londres por el de Judas.

Enr. ¡Oh! ¡Dios mio!

Van. ¿Qué oigo? ¡esa historia que está contando es la Blington!

Enr. No debe sorprenderos que se le haya quedado tan grabada en la memoria. ¿Quién desconoce en Inglaterra ese triste suceso?

Van. Pero en fin, su ejemplo está lejos de probar que ya no hay buena fé en el mundo.

Blin. ¡Buena fé! (*Gritando.*) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Qué sois vos? ¿comerciante? vuestras balanzas serán falsas... ¿abogado? engañareis al huérfano y á la viuda que os han confiado su defensa... ¿sois juez por ventura? traficareis con la justicia... perjurio y falsía; hé aqui los hombres.

Enr. ¡Padre mio!

Blin. ¡Oh! tienes razon; comprendo tu queja... sí, sí, aun hay almas nobles y desinteresadas... y una de ellas es la de él, la de mi hijo, mi verdadero hijo; en otro tiempo tuve tambien una hija... pero ha muerto... ¿lo oís? ha muerto... y si vieseis llegar aqui por casualidad una jóven de rostro pálida, y hermosos ojos negros, de voz dulce y agraciados modales, y os dice que es mi hija, no la creais, no os dejeis seducir por sus palabras... ¡echadla de aqui sin piedad...! Yo no tengo hija, soy como el rey Lear... todos los mios me han abandonado.

Van. Desechad esas ideas, amigo mio; estais entre personas que os aman.

Blin. Me habeis dicho eso mismo dos veces; mucho es ya para que sea verdad.

Van. Quisiera poder daros una prueba...

Blin. Sí podeis.

Van. Hablad.

Blin. (*Tirándole, y llevándole aparte.*) Ese periódico... dadme ese periódico que me niegan siempre... entonces creeré en vuestra amistad.

Van. Pongo á vuestra disposicion todos los que se reciben en mi casa...

Enr. (*De pronto.*) No, no; eso no puede ser antes que los haya leido yo; ¡oh! vos no sabeis, no podeis saber...

Blin. No le escucheis, es su cómplice, y por eso me oculta ese periódico; pero yo quiero leerle... lo exijo; no me lo negueis, ó temedlo todo de mi furor... (*Óyese*

un preludio en el clave.— Sonriéndose.) ¡Cielos! ¿Qué es esto?

Van. No hagais caso; es mi hija que estará estudiando al clave...

Blin. ¡Escuchad! ¡escuchad!

Cor. (*Canta dentro.*)

¡Llora, llora, triste padre,
Dios te quiso castigar,
Pues la hija que perdiste
Inocente sola está!
Te adoraba, y sin su abrazo
De ella lejos morirás.
¡Ah! ¡qué padre en este mundo
Infeliz cual tú será!

(*A medida que Cordelia canta, Blington se sosiega; al fin de la copla cae en un sillon, y llora.*)

Enr. Hé ahí el efecto que produce siempre en él la voz de su hija. Cuando empieza á derramar lágrimas, es señal de que cesa la crisis, y entonces es preciso dejarle solo; si teneis algunas órdenes que dar, podeis aprovechar estos momentos; yo voy entre tanto á anunciar á su hija que todo va bien, y corro despues al correo á recoger unas cartas que aguardo con impaciencia.

Van. Una vez que no hay riesgo en dejarle solo, voy á despedirme de un estrangero que ha venido á visitar el establecimiento, y á quien habia prometido que iria á reunirme con él.

Enr. ¿Volvereis pronto, no es verdad?

Van. Dentro de diez minutos. Tengo deseos de interrogarle.

Enr. Hasta despues. (*Vanse los dos, Van-Claer por el foro y Enrique por una puerta lateral, despues de haberse cerciorado de que Blington está enteramente sosegado.*)

ESCENA VII.

BLINGTON. *Poco despues* GODWIN.

Blin. ¡Qué consuelo es el llanto! ¿Por qué será que siento una impresion tan grata cuando oigo esa can-

cion? (*Hace por recordarla.*) ¿Por qué no la oigo cantar mas á menudo...? ¡Ah! ¡ya sé...! es que mi hija no está á mi lado... en otro tiempo la cantaba ella todos los dias; verdad es que en aquel tiempo era dichoso, y podia llevar la cabeza erguida y mirar al cielo... ahora mi frente parece de hierro... á pesar mio la dejo caer sin cesar sobre mi pecho... siento un peso... un peso... (*Deja caer la frente sobre la mano.*)

God. (*Abriendo una puerta lateral, y dirigiéndose al que le guia.*) Gracias, amigo, gracias; hacedme el gusto de tomar esta corona, por la molestia que os he dado. (*Sale.*) ¿Sabeis, doctor Van-Claer, que ese jóven os ha sustituido en la visita del establecimiento con una habilidad estraordinaria...? ¡Calla, no es el doctor...! Preciso es que ande el diablo en el juego: no he visto ni una sola cara que pudiera infundirme sospechas... todos estan locos rematados... Creía sin embargo andarle á los alcances á uno de los tres; vamos, veo que será preciso renunciar... pero, señor, ¿quién es este hombre que hace de mí el mismo caso que si nadie hubiera entrado...? algun huésped de Van-Claer sin duda. (*Acercándose.*) ¿Caballero...?

Blin. (*Levantando la cabeza, y mirandole.*) Caballero. (*Vuelve á caer en su meditacion.*)

God. Se conoce que es hombre de pocas palabras; perdonad, amigo, ¿podreis decirme...?

Blin. (*Hablando de prisa.*) ¿La hora que es? ¡Son las diez, las diez, las diez!

God. ¡Ah! ¡ah...! ¿sabeis dónde podré hallar al señor Van-Claer?

Blin. Van-Claer... Van-Claer... yo conozco ese nombre; es médico, ¿no es verdad?

God. Sí por cierto.

Blin. (*Hablando siempre con precipitacion.*) Ahora recuerdo... está en Inglaterra, es médico del rey Carlos.

God. (*Aparte.*) No me engañaba, su cabeza no está sana. Sí señor, fue médico de Carlos II, pero el rey Carlos ha muerto.

Blin. ¡Ah!

God. ¿No lo sabiais?

Blin. No.

God. Pues bien; ahora os lo digo yo.

Blin. ¿Y cómo se llama el rey ahora?

God. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Se llama Jacobo.

Blin. ¡Ah! sí, ya me acuerdo... un rey que vive rodeado de prisiones y cadalsos.

God. (*Volviéndose, y aparte.*) ¡Hola! esto se va haciendo sospechoso.

Blin. Van-Claer no puede ser médico de ese rey.

God. Teneis razon; Van-Claer ha abandonado la Inglaterra, Van-Claer se halla en Holanda, y nosotros estamos en su casa.

Blin. ¡Ah! ¡ah! ¿con que estamos en su casa...? quisiera hablarle.

God. Yo tambien, y por eso le busco.

Blin. ¿Sí? pues busquémosle juntos.

God. No, mas vale que le aguardemos aquí.

Blin. Es que yo quisiera verle en seguida; tengo que decirle una cosa muy importante.

God. ¿Cuál?

Blin. (*Bajando la voz, y con misterio.*) Uno de mis amigos está loco, y ha ido á fiarse en la palabra de un hombre.

God. ¿Pero por qué quereis que no se fie en la palabra de un hombre?

Blin. Porque ese hombre le engañará. Llora, y dice que quiere volver á ver á su hija; pero no creais en sus lágrimas, cerrad la puerta, cerrad la puerta; si le dejais salir no volverá mas; ¡es un traidor! ¡un perjuro! ¡Ah! ¡ah! ¡Dios mio! (*Vuelve á dejar caer la cabeza sobre la mesa.*)

God. ¡Es particular! ¿Quién diablos es este hombre? Está loco sin la menor duda: ¿por qué no me habrán hablado de él...? ¡Eh! caballero, señor mio. (*Dándole en el hombro.*)

Blin. ¡Ah! eres tú, pobre anciana. Margarita, vamos, ¿has dispuesto la cena...?

God. No, no hablamos de...

Blin. ¿No? ¿y por qué? dices que ha venido un agente

de Feffries, y ha registrado la casa, que ha cogido todos mis papeles, los recibos, la correspondencia, hasta mis facturas... ¡es posible! si han cogido mis facturas me han dejado por puertas... ¡estoy perdido, deshonrado!

God. Pues bien, amigo mio, escribid, reclamad vuestros papeles y os los devolverán.

Blin. ¿De veras? dadme una pluma y papel.

God. Ahí teneis. Firmad la reclamacion con vuestro nombre, y no dudo que os hagan justicia.

Blin. Traed, traed. (*Escribe.*) ¿A quién he de dirigirme?

God. Al rey.

Blin. Señor, mandad que me vuelvan... (*Continúa en voz baja.*) ¡Ya está!

God. Firmad ahora.

Blin. ¿Que firme?

God. Sin duda.

Blin. ¿Con mi verdadero nombre, ó con el falso?

God. Con vuestro verdadero nombre.

Blin. Bien está... Judas.

God. ¡Judas!

Blin. Ese es mi verdadero nombre.

God. ¡Judas! Pero vos sois inglés, ¿no es verdad?

Blin. Yo no soy de ningun pais.

God. ¿Cómo? ¿renegais de vuestra patria?

Blin. No, mi patria es la que reniega de mí.

God. ¿Pero por qué no volveis á ella?

Blin. Es imposible.

God. ¿Quién os lo estorba?

Blin. Él.

God. ¿Quién es él?

Blin. El espectro... está allí... en la orilla... me señala con el dedo: mirad, mirad, ¿no le veis?

God. Sí, sí, le veo; ¿pero por qué os amenaza?

Blin. ¿Por qué? ¿por qué me amenaza? ¿Luego vos no sabeis que yo soy la causa de su muerte? ¿luego no habeis asistido á los últimos momentos?

God. No.

Blin. Entonces, vos habeis sido el único, porque todo Londres presenció su muerte. ¡Hubo gran gentío en

los balcones, en los tejados, en la plaza! ¡Es una cosa tan nueva y tan rara ver morir á un justo! (*Cordelia aparece en la puerta aterrada y escuchando.*)

God. ¡Ah! ¡ah! esto se va aclarando. (*Saca una cartera del bolsillo.*)

Blin. Antes del momento fatal, se hincó de rodillas, oró en voz baja, y pidió que le dejasen hablar.

God. ¿Qué queria?

Blin. Queria acusar á la faz de Londres al que le habia conducido á aquel sitio... queria cubrirle de baldon en pago de la muerte que por él iba á sufrir... ¡porque la deshonra es mucho peor que la muerte!

God. ¿Y qué es lo que dijo?

Blin. ¿Qué dijo...? escuchad: Ingleses, muero por haberme fiado en la palabra de un vil; mi sangre caerá sobre la cabeza del miserable...

Cor. (*Acercándose y presentándose de repente.*) ¡Padre mio!

Blin. (*Dando un grito terrible.*) ¡Ah!

God. (*Aparte.*) Él es, es Blington.

Blin. ¡Déjame! ¡déjame...! ya sabes que te he prohibido presentarte ante mi vista... ¡ya sabes que eres tú la que le diste muerte, y tú á quien él debió maldecir! (*Vacila.*)

Cor. ¡Socorro! ¡socorro! (*Van-Claer, Enrique y Peters llegan por el foro.*)

Van. ¿Qué es esto? ¿qué es lo que hay?

Blin. ¿Qué hay? que esta muger quiere atentar otra vez contra mi vida... la delato á todos vosotros como culpable de haber envenenado á su padre. (*Vase.*)

Van. Peters, entremos con él en su cuarto, y vos, señorita, retiraos; es preciso que no os encuentre aqui al recobrar los sentidos. (*Vase.*)

God. (*Aparte.*) Basta con esto. Ya sé todo lo que queria saber. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CORDELIA. ENRIQUE.

Enr. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿cómo os habeis atrevido á presentaros delante de él?

Cor. ¿Habeis visto á ese hombre que estaba ahí, que hablaba con él, y que ha desaparecido sin decir nada?

Enr. Sí... ¡hablad!

Cor. Acababais de separaros de mí, cuando oí que mi padre hablaba mas alto que de costumbre, y como me habiais dicho que estaba solo, me acerqué á esa puerta y escuché... ese hombre... ¿quién podrá ser, Dios mio? ese hombre estrechaba á mi padre con preguntas pérfidamente combinadas, y él le contestaba como un pobre demente; condújole por último á declarar su verdadero nombre, y no sé qué secreto instinto me impulsó, di un grito y me presenté; toda su atencion recayó sobre mí, y ya sabeis lo demas.

Enr. ¿Es decir que no ha dicho quién era?

Cor. No; pero combatida entre el deseo de hacerle callar y el temor de provocar una de sus crisis violentas, quizás me haya presentado demasiado tarde.

Enr. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿si serán ciertas las sospechas de David?

Cor. David. ¿Cómo?

Enr. David Blum se halla aqui sirviendo á Van-Claer. Le he encontrado al ir al correo, y me ha sido preciso confiarle parte de nuestro secreto; nada temais, es un mozo honrado, yo respondo de él. Me ha dicho que hay tambien en Holanda como en Francia agentes del rey Jacobo, encargados de la estradicion de sus súbditos emigrados.

Cor. ¡Cielos!

Enr. Pretende ademas, porque veo que es preciso decirlo todo, que uno de esos miserables se ha introducido hoy en casa del doctor Van-Claer. ¡Por las señas que me ha dado no me queda duda de que es el hombre que estaba aqui con vuestro padre!

Cor. ¡Ah! mis temores inesplicables me anunciaban la verdad, segun eso; no hay que perder un momento, es preciso volvernos á poner inmediatamente en camino. Enrique, corred al puerto, ved si hay algun buque pronto á darse á la vela para Rusia ó Suecia. Ya no os pregunto si quereis seguirnos; mirad si estoy segura de vos. (*Vase Enrique.*)

ESCENA IX.

CORDELIA. VAN-CLAER, *que sale del cuarto de* BLINGTON.

Cor. ¡Ah! ¿sois vos? ¿y mi padre?

Van. La crisis ha sido violenta, pero por fin ha pasado; está descansando. ¿Cómo os habeis atrevido á presentaros á él sabiendo el efecto que le causa vuestra vista?

Cor. Era preciso. Ahora tengo que suplicaros disimuleis la molestia que os hemos causado con tan triste escena, al paso que os doy las gracias por tantos favores, y me despido de vos.

Van. ¿Os despedís...? ¿cómo, quereis marcharos... dejais á vuestro padre?

Cor. ¡Dejarle! no señor; él es el que se marcha, y yo le acompaño... porque no se trata ya de volverle á la razon, se trata de salvarle la vida.

Van. ¡De salvarle la vida!

Cor. Temo que á estas horas sea ya conocida su presencia en la Haya.

Van. ¿Y quién puede haberle delatado?

Cor. Ese hombre que estaba aqui con él.

Van. Me haceis sospechar... un inglés que tengo en casa me ha dicho lo mismo; pero no puedo creer...

Cor. David, ¿no es eso?

Van. ¿Le conoceis?

ESCENA X.

VAN-CLAER. DAVID. CORDELIA.

David. (*Gritando antes de salir á la escena.*) ¡Señor Van-Claer! ¡Señor Van-Claer!

Van. Ahí le teneis.

David. (*Saliendo.*) Señor Van-Claer... ¡Ah! perdonad, señorita Cordelia.

Cor. Buenos dias, David.

David. (*Aparte.*) ¡Qué mudada está!

Van. Vamos, ¿qué quieres? ¿de qué se trata?

David. Vengo á... (*Aparte.*) ¡Oh! no debo decirlo delante de ella. (*Alto.*) Vengo á daros la Gaceta de hoy; trae el artículo...

Van. (*Cogiéndola con enfado y arrojándola sobre la mesa.*) ¿Y era por eso por lo que metias tanto ruido?

Cor. David, vos habeis venido por un motivo mas grave, y mi presencia os impide esplicaros. Podeis decirlo todo. He visto á Enrique, y sé de quién le habeis hablado.

Van. Del señor Dickson, ¿no es verdad?

David. ¿Del señor Dickson? hablad con mas propiedad, sino lo teneis á mal. Del señor Godwin, amigo, agente y cómplice del maldecido lord Feffries. ¿Sabeis dónde ha ido al salir de aqui?

Van. No.

David. Pues yo sí, que le he seguido... ha ido á casa del consejero Van-Bruck, encargado de la policía urbana.

Van. ¿Y allí...?

David. Allí en audiencia pública, y sin andarse en rodeos, vuestro cofrade, el filantrópico doctor Dickson, ha sacado del bolsillo una orden firmada y sellada por el príncipe de Orange, y ha reclamado auxilio y proteccion para proceder al arresto de un inglés refugiado en Holanda y sentenciado á la pena capital en sumacion. El consejero ha mandado salir á todo el mundo, y yo he venido corriendo á avisaros.

Cor. ¿Lo oís?

Van. ¡Sentenciado á pena capital...! ¿Pero qué crimen ha cometido entonces vuestro padre?

David. Crimen... él... ¡el señor Blington!

Van. ¡Blington!

Cor. Todo se ha descubierto.

David. (*Mordiéndose el dedo.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué es lo que he dicho!

Van. ¿Qué oigo? ¡vuestro padre es ese Blington que á la faz de la Inglaterra ha faltado á una palabra solemne, que ha dejado morir á un inocente en lugar suyo! ¡Ah! Señorita, ¿vos no sabiais sin duda cuando habeis venido á pedirme asilo que el desventurado Melvil era mi amigo?

Cor. (*Cayendo de rodillas.*) Vengadle sobre mí entonces; ¡pero no perdais á mi padre! Es inocente; yo soy la causa de todo.

Van. ¿Cómo?

Cor. Yo soy la que le hizo tomar un narcótico para pedirle que volviera á su prision; yo la que mandé transportarle dormido á un coche; en fin, él fue el

que dió su palabra, ¡pero yo soy ante Dios y los hombres la responsable del perjurio! Ciertamente estaba lejos de imaginar que Melvil pudiese pagar con su vida la noche de libertad que habia otorgado á mi padre; pero aun cuando hubiera previsto ese horroroso desastre, hubiera hecho lo que hice y lo que otra cualquiera hija hubiera hecho en mi lugar; entre la vida de un desconocido y la de mi padre, no me era dado vacilar un instante.

Van. ¿Pero y él? ¡vuestro padre no podia ignorar que el gobierno de Jacobo II es inflexible, que Feffries necesitaba entregar la cuenta de sus víctimas, y que la cabeza de Melvil respondia de la de sus presos...! ¿Cómo en cuanto volvió en sí no tomó el camino de Londres?

Cor. Quiso hacerlo, aunque ya estabamos en Francia; pero un acaso, no sé si diga feliz ó desgraciado, hizo que cayese en sus manos la Gaceta donde venia la muerte de Melvil...

Van. ¿Y...?

Cor. Y al leerla fue cuando perdió la razon.

Van. ¡Oh!

Cor. Hé ahí por qué pide siempre ese fatal periódico; por qué me ha espulsado de su presencia cuando antes me queria tanto; por qué mi vista le causa esas crisis terribles; en fin, por qué me ha maldecido. Yo no me quejo de mi suerte; la he merecido; pero la misma desgracia de mi padre es la mejor garantía de su honradez; ¡se ha vuelto loco por no haber cumplido su palabra, y es siempre el hombre mas honrado de Londres!

David. Sí por cierto, señor Van-Claer, y puedo deciros que yo he tomado alli mas de una vez su defensa.

Van. Tambien yo tomaré desde hoy la vuestra. Si habeis cometido una falta, os ha sido inspirada por un esceso del mas noble de los sentimientos, y la habeis espiado cruelmente; en cuanto á la muerte de Melvil...

ESCENA XI.

DICHOS. BLINGTON, *que sale á este tiempo de su cuarto.*

Blin. ¡Melvil...! ¿quién habla aqui de Melvil?

Cor. ¡Cielos!

Blin. Él es.

Van. (*Poniéndose delante de Cordelia.*) Silencio, alejaos. (*Cordelia se retira algunos pasos, y continúa oculta á los ojos de su padre detras de la puerta que deja entreabierta.*) Yo soy el que hablo de él; era su amigo.

Blin. ¡Y yo.... yo tambien lo era! Pero ha muerto.

Van. ¿Muerto?

Blin. Lo he leido.

Van. ¡Ah! es verdad; ¡yo tambien lo he leido...! y mirad... ha sido en esta Gaceta. (*Le da la que David ha traido.*)

Blin. En esa Gaceta... (*Cogiéndola.*) ¡Ah! traed, traed: (*Con ansia.*) ¡que vengan á quitármela ahora!

Cor. (*A Van-Claer.*) ¿Qué habeis hecho?

Van. No le interrumpais; callad y orad, pobre jóven; ¡Dios es sin duda el que me inspira!

Blin. (*Leyendo.*) "S. A. el príncipe Stathouder, Guillelmo de Orange, ha llegado á Exeter, y ha tomado el mando de las tropas del parlamento."

David. ¿Esa tenemos? ¡tanto mejor!

Blin. No es esto. (*Leyendo.*) "S. M. el rey de Francia ha dado orden para que se retire su embajador cerca de la corte de Holanda..." Tampoco es esto. ¿Esta Gaceta no es la que yo he leido...? ¡ah! ¡ah! sí es... aqui está, aqui está... "El periódico inglés (el Parlamento) traía hace tres años los pormenores siguientes sobre la muerte del teniente de la torre de Londres..." ¡Ah! (*Lee con voz entre cortada por los sollozos, y no pronuncia en voz alta sino los períodos mas crueles para él.*) "El suplicio tuvo lugar á las seis de la tarde, doce horas despues de aquella en que Blington debió haber sufrido el suyo. Cuando llegó el momento pidio que le dejaran hablar, y dijo: Ingleses, muero por haberme fiado en la palabra de aquel á quien vosotros llamabais el Hombre de Bien. ¡Quiera Dios que recaiga mi muerte sobre el miserable que me asesina...! ¡Infamia y baldon eterno sobre el perjuro Blington! (*Cae anonadado en el sillon.*)

David. ¡Es el artículo del señor Van-Claer!

Cor. ¡Ah! Señor... ¡bien os lo decia yo!

Van. Silencio... Vamos, señor Boermans, ¿no acabais?

Blin. (*Alargándole la Gaceta.*) ¿Para qué quereis que lea mas? Tomad otra vez ese papel maldito. ¡Bien haciais en negármele!

Van. Entonces continuaré yo. (*Leyendo.*) "¡En el dia podemos anunciar á nuestros lectores que por un milagro del cielo Melvil no ha muerto!

Cor. ¡Gran Dios!

Blin. ¿Qué decís?

Van. No... ¡Melvil no ha muerto! ¡Escuchad...! "En razon á la hora avanzada en que se ejecutó la sentencia, el cuerpo fue descolgado del patíbulo pocos minutos despues, y transportado á casa del doctor Van-Claer, que le habia reclamado para encargarse de sus exequias. Al tocar el doctor la mano de su amigo, conoció que la vida no le habia abandonado aun. Una copiosa sangría practicada inmediatamente salvó al desgraciado Melvil, y en el dia acaba de escribir de Buenos-Aires que hallándose ya á cubierto de la justicia del rey Jacobo, no tiene inconveniente en que se publique su milagrosa resurreccion..."

Blin. ¡Ah...! ¡qué es lo que acabo de oir...!

Van. ¡La verdad...! El doctor Van-Claer, amigo y salvador de Melvil, os lo jura bajo palabra.

Blin. ¡Melvil no ha muerto! ¡luego aun puedo conservar mi conciencia tranquila; aun puedo recobrar la honra y el sosiego, porque ese hombre no ha muerto por mí! ¡Oh! ¡no sé lo que me pasa en este instante! Siento desaparecer poco á poco el círculo de fuego que oprimia mis sienes... mi pecho se dilata con libertad... me parece que salgo de las tinieblas. ¡Oh! ¡gracias, gracias, Dios mio! os bendigo y os acato; ahora veo... pienso... vuelvo á ser yo... ¡existo!

Van. (*A Cordelia.*) Venid, acercaos.

Cor. (*Acercándose.*) ¡Padre mio!

Blin. ¡Hija mia! ¡Cordelia! ¡Ah! ven, ven. (*La tiende los brazos. Cordelia se arroja en ellos dando un grito de alegría.*) ¿Dónde has estado, hija querida, que no te he visto en tanto tiempo?

Cor. ¡Padre mio! ¡querido padre! ¡Oh! la mano de Dios es la que ha hecho todo esto. ¡Melvil no ha muerto, y yo os he salvado la vida!

Blin. ¡Sí, todo puede repararse aun!

David. Señor...

Blin. ¿Eres tú, David?

David. ¡Qué alegría! me ha conocido.

Blin. Pero... ¿dónde estamos?

Cor. En casa del mejor de los hombres, en casa del doctor Van-Claer, nuestro libertador. (*Sale Godwin, seguido de un consejero.*)

David. ¡Cielos! ¡Godwin!

Cor. (*A Van-Claer.*) ¡Ah! miradlos.

Van. Tranquilizaos, y decid á vuestro padre que no me desmienta.

David. Corro á avisar á Enrique. (*Vase. Cordelia viene á colocarse al lado de Blington.*)

ESCENA XII.

DICHOS. GODWIN. UN CONSEJERO *de la ciudad.* DOS GUARDIAS, *que se quedan en la antesala.*

Van. ¿Con qué título entra en mi casa acompañado de soldados el Dr. Dickson, amigo del respetable Clarke?

God. Con el título de primer secretario del lord canciller de Inglaterra, y enviado del rey Jacobo II en las Provincias-Unidas.

Blin. ¿Y acaso el representante de un rey necesita valerse de engaños y arterías para introducirse en mi casa...? Seais quien fuereis, os habeis conducido como un espía, y como un espía debo trataros. Salid al punto de mi casa.

God. (*Al consejero.*) Señor consejero, leed al doctor Van-Claer la orden de estradicion en virtud de la cual hemos entrado en su domicilio.

Van. No es necesario; sé cual puede ser, pero la enfermedad de que adolece Blington le coloca en una escepcion que todos los pueblos respetan. Para mí, ni es refugiado ni criminal; es un demente, como vos sabeis, y mi casa un lugar de asilo.

God. ¿Os negareis á obedecer una orden autorizada por la firma del príncipe de Orange...?

Van. Por el príncipe de Orange...

Blin. (*A Van-Claer interrumpiéndole.*) Basta ya, doctor; no os comprometais por favorecerme... Ya no me asis-

te ningun derecho á vuestra proteccion; he estado loco, es verdad, pero ya no lo estoy.

Cor. ¡Padre mio!

Van. ¡Ah! ¿qué decís?

Blin. Digo que es llegado el dia de que vuelva á entrar en Inglaterra, y que si ese hombre no se hubiese tomado el trabajo de venir á buscarme, hubiera ido yo á buscarle á él. Digo que he dejado mi honra en Londres, que hace tres años que me falta, y que es tiempo ya de que vaya á buscarla.

Cor. ¡Ah! ¡correis á la muerte!

Blin. No la temo, hija mia; mi justificacion será de ese modo mas completa, y todo Londres acudirá á presenciarlo. Van-Claer, os doy las gracias por vuestros favores; mi último pensamiento será para mi hija, el penúltimo para vos. (*A Godwin.*) Cuando gusteis; estoy pronto.

Cor. ¡Padre! ¡ah! todo se ha perdido.

ESCENA XIII.

DICHOS. ENRIQUE. DAVID.

Enr. (*Precipitándose en la escena.*) Todo se ha salvado.

Van. ¿Qué decís?

Enr. Un espreso que acaba de llegar hace un cuarto de hora ha traido la noticia de la derrota del rey Jacobo y su caida del trono: ¡la Inglaterra es libre!

God. Esas noticias son falsas; el rey Jacobo tenia un poderoso ejército, tesoros, flota, todo, en fin.

Enr. Escepto la nacion, lo cual quiere decir que no tenia nada. Id á buscarle á Dunkerque; allí debe desembarcar.

God. ¿Y qué nos importa aquí lo que pasa en Londres? La Inglaterra no por eso deja de tener gobierno, y esta orden está firmada por el príncipe de Orange.

Enr. Ya no hay príncipe de Orange. (*Óyese el estampido del cañon.*) No hay mas que un rey de Inglaterra, que se llama ahora Guillermo III. A Londres, Blingtou, á Londres... No temais por vos, Cordelia; Dios, que es el supremo juez, os ha justificado salvando á Melvil.

FIN DEL DRAMA.

MODISM

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLE

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 35—Precio: 2 real

(Contiene los pliegos 103 á 105)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID